

Maria del Mar Mesequer



*El asesinato
de
AVELOC*

La muerte es una cosa muy rara. Oyes ruidos extraños, tienes sensaciones extrañas. Es como estar deslizándose por un tobogán lleno de agua fría, como esos que están en los parques temáticos y que hacen las delicias de los niños. Pero aquí no hay risas, los sonidos son distintos, como amortiguados, se oye como si estuvieras dejando el mundo y el sonido de cada cosa cada vez quedara más lejos.

La luz es escasa. No hay. O mejor dicho, algo se percibe. Pero no es una luz brillante ni ninguna historia de esas que te cuentan los que dicen que han vuelto de la muerte. No hay ningún túnel. O puede que el tobogán sea algo parecido al túnel dichoso. No sé qué decirte. Es algo muy raro y, desde luego, no es agradable.

No te llenas de paz, eso es mentira.

Te llenas de dolor.

A mí particularmente me está doliendo no haber muerto en España. Ya que te vas a morir pues que sea en el sitio que amas, digo yo. No así. De esta forma tonta. ¿Qué tendré yo que ver con el crimen de Aveloc, con su muerte, con la pelirroja, con Cedric o con Sarah?

Y lo que más me molesta.... ¡me he muerto sin saber que pone en la dichosa carta!

Capítulo 1

Estoy en Irlanda.

Estoy feliz.

Soy de una tierra llena de sol. Mi piel es morena, no mucho, soy lo que los ingleses llaman una bronceada española, aunque tengo que decir que mi padre es italiano y mi madre portuguesa. Puede que sea por eso por lo que yo soy tan rara. Llevo sangre de todos sitios, de todas partes, quizá por eso es por lo que no me siento de ninguna parte.

He conocido Italia y Portugal. Nada se puede decir de tanta belleza. Todas las palabras se quedan cortas.

¿Cuál es el motivo pues por el que estoy aquí?

Me gusta la mitología irlandesa. No estoy haciendo un doctorado ni nada de eso. Quedaría muy bien decirlo pero la verdad es que no soy estudiante de nada. Lo mío es la fotografía, la imagen, la captación de un momento mágico que se hace eterno a través de un filtro.

Irlanda es verde. Mi color favorito siempre fue el verde. Es el color de la naturaleza, de los árboles, de la hierba, de los ojos del tanto por ciento más escaso en colores de ojos, de los tallos de las flores, de las aguas llenas de

matices... es el mejor color. Ya sé que el azul, que también me gusta mucho, tiene su aquel, pero no me proporciona la paz que me da el verde. Dicen que las personas a las que les gusta el verde suelen ser muy creativas.

En fin, que por un montón de cosas muy mías, muy subjetivas y con poca base, he venido a visitar Irlanda.

Prados y prados enteros llenos de fina hierba, árboles enormes de donde imaginas que pueda salir un hada y concederte un deseo. Es imposible creer que la naturaleza no es algo mágico aquí.

Solo encuentro un inconveniente... ¡todos los hombres son pelirrojos!

Capítulo 2

Estoy en un café.

Es un café adorable, acogedor, caliente.

En Irlanda se valora todo lo que es caliente porque hace un frío que pela.

Estoy en un pueblo precioso lleno de bosques de ninfas y hadas y este es el único café disponible. Es decir, te guste o no te guste si quieres salir a que te dé el aire más allá del paseo por el bosquecito, tienes que venir a tomar un café aquí. Un negocio sin duda para Aveloc, el dueño del bar, un irlandés de pura cepa todo rojo, pecoso y pelirrojo.

El color de pelo rojo, la piel completamente blanca y salpicada de pecas me llama mucho la atención. Esta clase de características física gustan mucho en mi país. Supongo que en cada país llamará la atención aquello que no sea común. Unas veces llama la atención positivamente y otras negativamente, pero atraer las miradas, las atrae.

Aveloc es un tipo simpático de mediana edad que se esfuerza en que lo entienda y me habla despacio recalcando cada palabra para que lo entienda a pesar de mi precario inglés. Pero hoy no es Aveloc el que me atiende sino un

chico más o menos de mi edad también pelirrojo, con la piel blanca y con los ojos más azules que he visto nunca. Realmente parece un highlander mientras me coloca el café sobre la mesa de madera.

No puedo evitar que mi mirada se quede clavada en él.

¡Qué guapo!

Guapo de ese tipo de guapuras que no se ven en España ni en Italia. El prototipo de hombre contrario al español moreno, bien formado, y de ojos oscuros. Pero guapo hasta la médula con sus mechones cayendo rojizos sobre la frente amplia y enmarcando dos cejas caobas que destellan ante cada parpadeo azul.

Escucho un carraspeo en la mesa de al lado. Me giro para mirar quién carraspea de esa manera.

-Es guapo ¿verdad?

La entiendo vagamente, más por sus gestos y el significativo carraspeo que por mis conocimientos de inglés.

Sonrío.

-Sí, muy guapo.

No sé si me entiende pero me sonrío también.

Me cae bien, no sé si es porque me recuerda a la señorita Marple de Agatha

Cristhie o porque seguramente está igual de sola que yo en este pueblo. Su imagen no es la de las señoras mayores que he visto caminando por aquí. Es rubia y tiene los ojos azules, pero no un azul transparente como el de los habitantes oriundos sino un azul intenso.

-Me llamo Jane – me dice.

-Como la señorita Marple – le respondo, y ella me ofrece una genuina sonrisa de reconocimiento.

Coge su café. De la taza gruesa se ve escapar el halo de humo del líquido. Las tazas del local son de gruesa loza porque conservan muy bien el calor.

Jane se sienta en mi mesa sin previa invitación. A mí no me molesta. Al contrario. Agradezco su compañía y si le gusta Agatha Cristhie, mejor que mejor.

-Supongo que entretendrás tus tiempos aquí leyendo – me dice y algo en su gesto me hace adivinar que ella es una gran lectora. – Lo malo es que una se puede llegar a sugestionar si lee algo inquietante – suspira.

Voy entendiendo solo trozos sueltos de los que dice, en realidad la comprendo mejor por el contexto de la frase que por mis conocimientos de gramática inglesa.

-Supongo que sí – le digo. – Cuando estaba en Madrid vivía cerca de un centro de salud y tuve que dejar de leer Epidemia de Robin Cook porque me daba

aprehensión.

Una carcajada musical de su boca, muy musical para ser una anciana, se mezcla con al ambiente cálido del local.

-Así que es española – me responde sin dejar de sonreír. – En cuanto la vi me dije que era española o italiana. ¿Y que la ha traído por estos lares?

-La mitología celta – le digo con total convencimiento. – He leído tanto sobre ella que deseaba conocer los bosques irlandeses.

-Entonces está en el mejor lugar. Si quiere puedo enseñarle un bosquecito encantador que parece sacado de un cuento de hadas. – Da un trago a su café.

Yo mientras tanto la observo. Me gusta su aspecto. Parece inteligente. Ya sé que es una lectora empedernida. Y no tengo ninguna duda de que de joven debió ser hermosa. Su rostro tiene una simetría que no deja lugar a equívocos.

– Si quiere puedo explicarle las leyendas que corren sobre los bosquecitos que tenemos alrededor.

Levanto la mano para llamar al pelirrojo que me ha atendido.

-Si permite sugerirle un té verde con hierbas del bosque... - me dice.

Le pido al pelirrojo lo propio. Me doy cuenta de que el pelirrojo me mira la cara con más demora de la habitual. Se dirige entonces hacia Jane con un idioma que no puedo comprender. Debe ser algo autóctono que ella conoce.

El pelirrojo se va pero antes de hacerlo me dedica una sonrisa. Yo me quedo tan sorprendida que no soy capaz de responder su amabilidad.

--El joven Cedric me ha preguntado su nombre pero no le he podido responder – me dice Jane.

-Oh, es cierto, soy una maleducada – me disculpo - . Usted me ha dicho que se llama Jane y yo en lugar de decirle mi nombre le he respondido que se llama igual que un personaje de Agatha Cristhie. – Jane guarda silencio mientras espera que yo deje de divagar y le diga mi nombre. – Me llamo Rachel.

-Un nombre precioso para una chica preciosa – me dice Jane. – Nuestro Cedric está preocupado porque su padre lleva dos días sin aparecer por aquí. Teme que le haya pasado algo por eso desconfía un poco de los extranjeros.

-Oh vaya, lo siento mucho – digo.

Jane hace un aspaviento con la mano.

-Aveloc suele hacer estas cosas. Se agobia y se marcha a Dublín durante días.

-¿Y entonces por qué está preocupado Cedric si es algo que suele hacer? – pregunto intrigada.

-Porque lo último que dijo su padre antes de marcharse del local fue que iría a dar un paseo por el bosque.

Capítulo 3

Estoy en mi casa.

Es una cocada de color azul pastel en una calle empinada desde la cafetería.

He subido esa enorme cuesta con Jane que me ha acompañado hasta la misma puerta. Por supuesto la he invitado a entrar en casa pero ha declinado la invitación. Me ha dicho que ella vive tres casas más arriba y que la puedo visitar cuando desee. Yo la verdad es que ya me había fijado en su casa porque su fachada tiene un color terracota muy bonito. Ignoro si la casa es de ella o vive alquilada.

En este pueblo ves a los abuelos subir y bajar cuestas y empinadas como si fueran superficies planas. No me extraña que sean tan longevos si se tiran la vida subiendo, bajando y ejercitándose de esta manera. Puedo asegurar que al llegar a mi casa tengo el corazón a mil por el esfuerzo.

Entro en el cálido salón. La chimenea todavía está encendida y el confort es inmediato. Añado unas leñas más y el fuego cobra cuerpo y solidez. En la cocina me preparo otro té y saco las pastas que he comprado en el pequeño colmado del pueblo.

¡Menos mal que por lo menos llega internet!

Me siento con el té y las pastas en el sofá frente al fuego y enciendo la tele para tenerla de fondo. No tengo el suficiente inglés como para entender lo que dicen y seguir una película así que me dedico a mirar cosas en mi móvil.

Busco el pequeño pueblo donde estoy y sus bosques. Jane dijo algo de las leyendas sobre los bosques del lugar, así que, aunque he aceptado su invitación para pasear por los bosques, me gusta documentarme antes. Primero porque así es más fácil que saque mi propia conclusión sin la influencia de cómo ven las leyendas algunas personas en concreto, y segundo, porque puede que si habla rápido no entienda muy bien lo que dice.

El sonido sordo de un trueno me sorprende justo cuando encuentro una página que habla del bosque del pueblo. Hago una marca virtual sobre la página para no perderla y voy a asegurarme de que todas las ventanas estén bien cerradas no sea que se me llena la casa de agua.

La lluvia en Irlanda es muy diferente a la lluvia que conozco en España. En cada país la lluvia es diferente, y en este levanta tantos aromas al caer sobre la hierba, los verdes y las hojas abiertas de los árboles que es imposible no aspirar profundamente para retener ese delicioso olor dentro de una. Vuelvo a cerrar la ventana que previamente había abierto para inspirar, cuando veo una pareja a lo lejos discutiendo. No los oigo pero los aspavientos de ella no

dejan lugar a la duda.

Los seres humanos tenemos esta cosa cotilla que no sabemos dominar. Y mira que yo no fui nunca una cotilla pero al darme un destello rojizo en los ojos no pude evitar entornar los ojos para escudriñar el rostro contraído de alguien que me resultaba familiar.

¡Cedric!

El chico del bar, el hijo de Aveloc que estaba preocupado por su padre porque había salido a dar una vuelta por el bosque hacía dos días y no había vuelto, el chico que desconfiaba de los extranjeros y que ahora discutía con una rubia rojiza que tenía aproximadamente la misma edad que él.

¿Quién sería?

Anoté mentalmente que debía comentárselo a Jane, mi nueva amiga mayor.

La conversación o discusión que mantuvieran terminó con la marcha de él. Vi que la chica se echaba las manos a la cara durante unos segundos como si estuviera llorando desapareciendo poco después.

Me acomodé de nuevo en el salón junto al fuego y con la música de la lluvia de fondo... no tardé en quedarme dormida.

Capítulo 4

Paseando por el bosque con Jane.

Estoy en la cafetería del pueblo apurando un café y unas tostadas con mantequilla y mermelada de arándanos, deliciosa esta especialidad del pueblo, mientras espero que llegue Jane a dar el paseo prometido por los bosques del pueblo.

Cedric sigue con la misma cara seria que tenía ayer pero hoy de nuevo me saluda con una sonrisa.

-Tenga cuidado por el bosque – me dice con una voz profunda que ya quisiera yo que hablara en español para poder entenderlo mejor – sobre todo si va con Jane. Le encanta meter miedo a los extranjeros con las leyendas que corren sobre el bosque.

Me falta, desde luego, vocabulario para explicarle que ya me ha dado una vueltita por internet para descubrir que cada uno de los cinco árboles que forman el corazón del bosque se usan para pedir algo; amor, éxito, paz mental, perdón y viajes.

No deja de chocarme lo de los viajes. Aunque puede tener su explicación.

Esto es un pueblo pequeño donde solo hay un colmado, una cafetería y una panadería. Hay un doctor que recibe en su casa a modo de consultorio y él mismo da las medicinas para los pacientes, es decir, no hay una farmacia, ni una tienda de ropa, ni un cine, ni una discoteca, ni un salón de juegos. No es nada raro que la gente se entretenga con internet, libros y televisión ...¿qué otra cosa podrían hacer?

Bueno, hay algo que sí pueden hacer; discutir los unos con los otros, lo cual me lleva a recordar a este hermoso pelirrojo discutiendo con la que supongo que debe ser su novia, la muchacha rubia y alta que vi desde mi ventana. Por supuesto me abstengo de decir nada a Cedric.

-He mirado en internet muchas cosas sobre vuestros bosques – le respondo y veo de nuevo sus hermosos y alineados dientes blancos . – Jane no me va a pillar desprevenida.

Supongo que mi acento no debe ser el mejor porque tarda unos segundos en asimilar lo que acabo de decirle y añade:

-Jane sabe cómo sacarle punta a todas esas historias.

-Eso no es verdad – la voz melodiosa de Jane nos sorprende a ambos. – Yo solo le doy mi propia versión a los extranjeros curiosos.

Cedric me guilla el ojo antes de macharse.

¡Es guapo a reventar!

Jane solo toma un zumo de arándanos. Los bosques de este pueblo, por lo que he podido leer en internet, están llenos de arándanos.

-Estoy despierta desde la cinco de la mañana así que ya he desayunado- asegura la anciana.

Siempre he admirado esa costumbre de madrugar. En un pasado no muy lejano las sábanas se me pegaban y me costaba horrores alzar el vuelo cada mañana. Muy al contrario de las personas amantes del amanecer, a mi la noche siempre me sorprendía con mil cosas que hacer; investigar las leyendas de un pueblo irlandés, leer algo nuevo y estimulante, e incluso agarrar un lápiz y un papel y dejar en las hojas como me siento o inventarme una historia, un cuento, algo que despierte mi creatividad. Todo esto me sucedía siempre por la noche. Nunca antes de tomar la decisión de cambiar mi vida le había visto el encanto a darme el madrugón, pero sí lo envidiaba, porque suponía que todo el mundo aprovechaba mejor el día que yo.

Jane y yo abandonamos la carretera que hay a la salida de la cafetería de Cedric y dejamos el asfalto húmedo – me gusta el asfalto húmedo, en el lugar en el que vivo en España el asfalto siempre está seco y caliente – y nos adentramos por un sendero cuyo suelo es un alfombra de hojas de todos los colores, las hay amarillas, rojas, rosas y naranjas sobre un fondo de

predominio verde. El olor es inigualable. No tengo los suficientes conocimientos para identificar cada uno de los olores pero de lo que no me cabe duda es de que proceden de la naturaleza que nos rodea.

Pronto entramos en un nuevo camino que sigue igualmente lleno de hojas pero ahora hay también lianas llenas de flores y frutos que cuelgan de los árboles de alrededor. Los árboles son rotundos, de raíces retorcidas que sobresalen en la tierra, y de copas enormes que cubren nuestras cabezas.

-¿No es maravilloso? – pregunta Jane aunque más que una pregunta es una forma de decir que está impresionada. – No cambiaría esto ni por Londres.

¡Ajá!

¡Ya decía yo que no tenía el aspecto de una irlandesa!

-¿Eres inglesa entonces?

Ella asiente con la cabeza y aprieta más su brazo en el mío.

-¿Conoces Londres, querida?

Con tristeza niego con la cabeza.

-No, y lo siento, porque debería haberle dado una oportunidad. – Jane hace una mueca interrogante. – Verá, siempre me pareció más romántico el sur de Europa que el Norte. España e Italia son mis países favoritos. Mi madre era portuguesa, así que se ocupó de que aprendiera la lengua y conociera su país.

Lo mismo mi padre con Italia. Nunca he desarrollado un verdadero interés por países como el suyo. – Inspiro y siento que mi pecho se llena de los perfumes florales del bosque. – Pero ahora, estando aquí, viendo lo diferente que es esto no puedo pensar más que estuve equivocada.

-Nunca es tarde para visitar lugares nuevos, Rachel. Mírame a mí. Con mi edad vine a curiosear y no me fui nunca. Llevo tres años viviendo aquí.

-¿Y no echa de menos Londres?

Jane se queda pensativa.

-Lo echo de menos pero solo de vez en cuando, en ocasiones en las que me gustaría mezclarme con la gente y pasar inadvertida, recorrer la ciudad en busca de una crema de cuidado facial y de un nuevo abrigo, pero solo en esos momentos, no cambiaría la tranquilidad de aquí por el tumultuoso Londres.

Aunque la voy escuchando con atención advierto perfectamente que sus pasos me llevan a un sitio en concreto.

-¿Y tú, Rachel, qué esperas sacar de tu paso por Irlanda?

-Solo espero llevarme el recuerdo de estos bosques y de este olor para el resto de mi vida.

Jane detiene sus pasos y frente a mí veo el lugar que señalan en internet. Un claro lleno de fina hierba verde, matorrales llenos de frutas del bosque de

color azulado y rojizo, lianas de hiedra que trepan a los árboles cercanos, doseles llenos de hojas color jade y cinco enormes árboles en el centro de ese claro.

-He visto este lugar en internet – digo con los ojos abiertos como platos sin dar crédito ante tanta belleza. No creo, sinceramente, que vuelva a ver un lugar como este en mi vida.

-Sí, todos los años vienen turistas a visitarlo pero no sé si para ver el encanto del lugar o para pedir deseos a los árboles. – Dice alargando las manos como si me los estuviera ofreciendo.

Me suelto de su brazo para sacar mi móvil y hacer fotos del lugar. Después le pido a Jane que me haga alguna junto a los árboles. Ella accede encantada.

-¿No te animas a pedir nada? – me pregunta. – Estás en el árbol de la paz mental.

Una carcajada cosquillea en mi garganta.

-No creo en estas cosas – le respondo.

-Bueno, en ese caso con que acaricies el tronco del árbol será suficiente para tener suerte.

Alzo mi mano y la pongo sobre ese tronco húmedo y lleno de resinas olorosas. Se huele muy bien.

-Esto también se hace en España – le digo. – Es algo universal, los árboles transmiten paz ¿no es verdad? – digo sin mirarla a la cara totalmente maravillada por las gotas oleosas de las resinas en forma de lágrima.

-Así es. Tienen algo especial – me responde ella pero yo ya no la oigo.

Se me corta la respiración y tengo que esforzarme por volver a respirar llenando mi pecho de aire antes de gritar.

Quiero hacerlo.

Quiero gritar.

Pero no puedo, mi corazón golpea las paredes de mi pecho con tanta fuerza que temo que provoque un terremoto y los árboles se derrumben sobre mi cabeza.

Parpadeo.

Trago saliva y la vuelvo a mirar.

¡Hay una mano que sale de uno de los agujeros del árbol!

¡La mano de un hombre!

Ignoro si tras esa mano viene el resto del cuerpo y solo pensar en la posibilidad mi corazón redobla sus latidos.

Lo intento.

Estoy intentando gritar.

Por fin lo consigo y de mi garganta sale un sonido gutural de pánico.

-¡ Hay un hombre muerto dentro del árbol!

Capítulo 5

Una muerte sospechosa.

No sé qué está ocurriendo a mi alrededor. De repente todo se ha llenado de policías y de gente del pueblo. Estoy en estado de shock. Me han dejado de importar los olores, los árboles y los lechos de hojas redondas de diversos colores. Solo veo a mi alrededor pánico y lágrimas.

Jane viene con una taza de té.

¿De dónde ha sacado el té si estamos en el claro de los cinco árboles?

-Bebe, querida, te va a hacer bien, estás muy impresionada.

¿Cómo no voy a estar impresionada? ¡Acabo de encontrar un hombre muerto en el árbol!

Y alguien lo ha matado, no creo que el hombre se haya puesto ahí para morir, no es un suicidio, es un asesinato... ¡en este pueblo!

Me quedo durante segundos mirando el humo del té. La taza arde en mis manos pero no me molesta. Está empezando a caer la noche y refresca. Tengo frío. La piel de mis brazos está erizada. Todo el mundo va en manga corta olvidándose del hecho de que estamos en Irlanda, y en Irlanda por las noches, por mucha

primavera que sea, hace un frío de narices.

Jane se sienta a mi lado.

-Que desgracia, Rachel, mira al pobre Cedric.

Y miro al pobre Cedric que está abrazado conteniendo las lágrimas de la chica rubia con la que ayer discutía.

-Debía ser muy buena persona el tal Aveloc, mira como llora la novia de Cedric.

-¿Quién? – me pregunta Jane.

-La novia de Cedric – digo señalando a la chica rubia, - bueno, o su amiga o lo que sea, desde luego debía querer a Aveloc porque está destrozada.

Jane levanta las cejas.

-Esa chica es la mujer de Aveloc , no su nuera – me corrige Jane.

Mis cejas se arquean mostrando mi desconcierto.

-¿Por qué habías pensado que era su novia, Rachel? – me pregunta la anciana.

-Pues la verdad es que creo que la vi discutir con Cedric ayer. – Jane se gira hacia mí para prestarme toda su atención. – Estaba lejos, no podría asegurar que fuera ella, pero ayer cuando empezó a llover, abrí la ventana para respirar el aroma y allí estaban los dos, como a unos cinco metros de mi casa y parecía que estaban discutiendo. Por supuesto puedo estar equivocada... de ella... de

él no, estoy completamente segura de que el chico que vi era Cedric.

Envuelven al muerto en una sábana y lo meten en un coche blindado de policía.

El claro poco a poco se va divisando. Yo estoy apoyada en el tronco de un árbol con Jane.

Un policía se acerca.

-¿A qué había venido usted al claro del bosque? – me pregunta.

-Había venido a visitarlo, como hace todo el mundo.

-¿De dónde es? – me pregunta de nuevo.

-Soy española y he venido a conocer Irlanda. Como usted comprenderá no tenía ningún tipo de razón para matar a alguien que ni conocía. Además, si lo hubiera matado yo ¿me hubiera acercado justo al árbol donde su cuerpo estaba escondido?

El policía deja de prestarme atención y se dirige a Jane:

-¿Usted ha estado acompañando a la señorita en todo momento?

-Por supuesto que sí – responde ella. – He escuchado decir a su compañero que el finado lleva ahí muerto dos días.

-Señoras, no es que crea que hayan sido ustedes – aclara el policía – pero es mi deber interrogarlas ya que encontraron el cuerpo.

Jane me agarra por los hombros para infundirme valor.

-Una última pregunta – dice el policía. - ¿Saben si hay alguien de este pueblo que tuviera motivos para agredir al señor Aveloc?

-No – responde Jane - a mi no me consta que nadie estuviera enemistado con él. Mucho menos a Rachel que está de visita.

Por un momento pasa por mi mente la idea de decirle al policía que la mujer de Aveloc y su hijo estaban discutiendo frente a mi ventana en el día de ayer, pero hay algo que me dice que es mejor que sea discreta. Después de todo lo más seguro es que se tratara de una discusión familiar y hablar solo iba a llevar a la policía a investigar en sitios equivocados.

-Rachel – me dice Jane – he pensado que tal vez esta noche quieras quedarte en mi casa a dormir, después de todo hay un asesino en el pueblo y no sabemos quién es.

No lo dudo ni un momento y le digo que sí.

Estoy asustada.

¿Quién me mandaría a mí venir a este pueblo con lo bonito que es Dublín?

Es más ¿quién me mandaría a mí venir a Irlanda a ver bosques y ninfas cuando podría haber visitado la Fontana de Trevi y ser feliz tirando una moneda?

Capítulo 6

El día siguiente al asesinato.

Amanece nublado. Miro por la ventana y veo que no se ve a menos de dos metros. Suspiro. Me consuela el hecho de que de la cocina llegue un olor a pan tostado, mermelada y mantequilla. Y por supuesto el aroma de mi vida, el olor a café que me inunda las fosas nasales y me estimula la mente.

Jane tiene una de esas cafeteras italianas con depósito de agua y filtro para cuando el agua empieza a hervir. Es maravilloso ver como el líquido oscuro hace pequeñas pompas al estallar contra la taza y, desde luego, la forma de servirlo de Jane es realmente apetecible.

Hay momentos en los que te olvidas de todo. Las necesidades básicas son primitivas y te hacen perderte del mundo y de todo lo que sucede en él mientras las cubres.

Ahora parece que nada hubiera ocurrido. De mi mente se ha borrado el asesinato de Aveloc mientras doy cuenta de las tostadas.

Jane me mira con una media sonrisa en el rostro mientras como.

-Me recuerdas a mi hija – me dice.

El dato me sorprende, yo creía que Jane era una mujer soltera y sin hijos.

-¿Qué edad tiene tu hija ahora?

-Unos diez más que tu, porque tú debes andar en los veinticinco ¿cierto?

Asiento en un gesto afirmativo.

-¿A ella le parece bien que te hayas quedado a vivir en Irlanda? – le pregunto dando por hecho que su hija vive en Londres, o al menos en alguna parte de Inglaterra.

-Ella no lo sabe. No la veo desde que es un bebé.

¡Dios bendito!

Desde luego en la vida de cada persona hay escollos que no son agradables remover.

Jane se levanta de la mesa dando por terminada la conversación sobre su hija.

-No tengo nada negro para el funeral de Aveloc – le digo.

-Tal vez puedas pedirle algo a su mujer - me responde mientras coge unas hojas de té y la pones en un recipiente hermético.

-¿Te parece? No sé, acaba de morir su marido, no creo que le agrade que vaya a interrumpir su dolor una extrajera pidiéndole algo de ropa.

-Esto es un pueblo de Irlanda, querida Rachel, lo que en otros lugares se tomaría como una molestia, aquí se entiende como un gesto de respeto al fallecido.

¡Vaya costumbres más raras tienen en este pueblo!

-Además – añade Jane – no creas que interrumpes tanto dolor. – No termino de entender lo que quiere decir y levanto las cejas en un gesto interrogativo. – Ese matrimonio hacía aguas por todas partes. Lo sabe el pueblo entero.

-¿En serio? Pues no me ha llegado nada.

-Es natural, Rachel, eres extranjera, no dominas del todo el idioma y nadie te va a contar como van las cosas. Yo lo sé porque llevo viviendo aquí ya bastante tiempo.

En mi país siempre se ha dicho “pueblo pequeño, infierno grande” ... puede que sea verdad. De hecho, me parece que es verdad.

A la gente le gusta hablar. A todo el mundo le gusta hacerlo. Unos para tener algo con lo que llenar sus vidas. Otros para comparar y sentirse superiores si las cosas le fueron mejor. Pero el hecho es que todo el mundo casca.

Cuando estás en una ciudad grande es todo más relativo. La gente sigue hablando igual pero hay muchas más personas a las que elegir. Puedes guardar rencor a tu vecina porque tiene mucho más dinero que tu, tiene un buen marido, hace viajes y te preguntas como tu siendo más guapa, más lista, y con más

clase no pudiste acceder a esa vida que en el fondo envidias, pero luego sales a la calle y ves mucha, muchísima gente cada día. Y eso hace que te olvides de tu vecina y de lo injusta que es la vida. Pero en un pueblo no, en un pueblo ves a tu vecina todos los días y a todas horas. Así que el rencor se acumula hasta crear situaciones explosivas.

¿Será eso a lo que se refiere Jane?

Me da la impresión de que sabe más de Aveloc y su familia de lo que cuenta.

-¿Me acompañarías a casa de Aveloc para preguntar por algún vestido negro que pueda servirme para el funeral?

No se lo he tenido que repetir dos veces.

Subimos la cuesta empinada de la calle que lleva a la casa de la señora de Aveloc. Una casa sencilla pintada en color crema como si no quisiera destacar en aquella calle llena de fachadas de múltiples colores.

Nos abre la puerta Cedric, el pelirrojo, el hijo de Aveloc.

-No sabía que vivía aquí – le digo a Jane en un susurro.

-No vive aquí. Tiene una casa en el otro lado del pueblo.

Pues desde luego la noche la ha pasado aquí, solo tengo que observar el cabello aún mojado en algunos mechones rojizos que destellan y el olor a gel que despide su cuerpo.

-Rachel se preguntaba si Sarah podría dejarle algo negro para acudir al funeral – dice Jane.

En ese momento entra Sarah.

Su cabello también está húmedo. También huele a gel. Y no tiene la pinta de haber pasado la noche llorando. Examino su cara en busca de unas ojeras inexistentes. Me atrevería a decir que tiene la piel resplandeciente.

¿Será que fue ella la que mató a su marido?

Me vienen a la mente todas las novelas que he leído de Agatha Cristhie. Me imagino a la bella Sarah arrastrando el cuerpo de Aveloc en una noche sin lluvia llena de niebla y humedad hasta encontrar un hueco en el árbol y meterlo allí.

Para nada me fio de su aspecto angelical. En las novelas de Agatha hasta la más dulce tiene una mala leche infinita. Así que aquello del aspecto angelical es casi una sospecha más que una salvación.

-Por supuesto que te podría dejar algo – me dice Sarah.

Es la primera vez que la escucho hablar. Tiene una voz dulce. Esa clase de voz que jamás diría una palabra malsonante ni desentonaría en tonos histéricos y altos.

Vamos, que es imposible imaginarla gritando.

Su dormitorio es amplio. Parece un pequeño salón más que un dormitorio. Las paredes están pintadas en color crema como la fachada de la casa. Una moqueta cubierta por una gruesa alfombra de pelo protege sus pies del frío. Al fondo del dormitorio hay una cama grande y dos mesitas auxiliares y, sobre una de ellas, reposa una taza de té.

-Lamento haber interrumpido tu té – le digo.

Se gira para mirar el lugar adonde se dirigen mis ojos.

-Oh, no te preocupes – me responde sonriendo – tiempo habrá de hacer más té. En este pueblo es casi la única diversión... tomar té y hablar de los demás.

Tomo nota de que es la segunda observación que escucho hoy al respecto. Jane dijo algo parecido hacía solo unos momentos.

Sarah abre la puerta de su armario que, por hacer contraste con el tono general de la casa, es de color blanco y aparece ante mí un completo vestuario lleno de trajes de coctel y de noche. Algo que no deja de sorprenderme.

¿Para qué necesita una mujer que vive en un pueblo perdido de Irlanda semejante vestuario?

Alarga su delgado brazo y coge una de los vestidos largos y negros.

-Quizá no te gusten los vestidos – me dice mirándome las piernas cubiertas por mis tejanos. – Pero unos vaqueros y una camiseta negra no son lo

suficientemente formales para un funeral. – Asiento cogiendo el vestido que me ofrece mientras pienso que no parece afectada por la muerte de Aveloc. – Adelante, Pruébatelo.

Me quito la ropa y me enfundo en el vestido negro.

-No está nada mal. – Me dice.- Tienes un cuerpo muy parecido al mío. Usamos la misma talla.

Lo que no está nada mal es que con su marido de cuerpo presente esté pensando en trapitos y modas.

-¿Qué hace una chica como tú en este pueblo, Rachel?

-Quería conocer Irlanda más allá de Dublín – le respondo.

-Es un pueblo bonito pero no es fácil vivir tan aislada.

-Sí, pero fíjate en Jane – le digo – es de Londres y no cambiaría esto por nada.

Sarah sonríe cuando cito a Jane.

-Sí, es cierto, pero Jane pasó toda su vida en Londres, eso es otra cosa...

¿Está intentando decirme algo?

¿Está dando pie para que yo le pregunte que hace ella en este pueblo?

-Sarah ¿te quedaste aquí por amor?

-No me quedé, vine por amor. Conocí a Aveloc en Londres. – Está mirando su cara en un espejo y repasando su ropa. – Después me enteré de que era irlandés y a mí me apetecía ir a Dublín.

-¿Y cuando quisiste volver a Londres ya estabas enamorada de él?

Deja de repasar su vestuario y de mirarse al espejo. Tengo la sensación de que he tocado algo sensible de su vida.

-Sí, eso fue lo que pasó exactamente. Cuando quise volver ya había conocido este pueblo.

Hay algo extraño en esta chica. Algo que sugiere infelicidad y que ella intenta ocultar.

-¿Quién crees que lo ha hecho? – le pregunto.

-¿Quién ha matado a mi marido? – dice sorprendiéndome – Supongo que medio pueblo dirá que fui yo. – No soy capaz de decir una sola palabra. No me la imagino cometiendo un asesinato. Por lo menos no sola. Puede que quizá si la imagine encubriendo a alguien. Pero Sarah no es una asesina. – Yo no fui, Rachel, Aveloc y yo teníamos problemas pero no tan grandes como para terminar convertida en una asesina.

Capítulo 7

El funeral.

Este funeral es una pantomima. Aquí lo único que hace todo el mundo es hablar y hablar de cómo era la relación entre Aveloc y Sarah.

Nadie llora, nadie lamenta realmente la pérdida de este hombre.

Las voces son mitad voz baja y mitad susurros. No obstante, hay mucha gente.

Le pregunto a Jane.

-Ahora lo vas a entender – me dice señalando un coche negro que viene a lo lejos y se detiene como a cuatro metros de nosotros.

Francamente tenía la sensación de estar en una película en la que, de repente aparece, alguien que no es bienvenido en un funeral y por la fuerza dramática del momento todo el mundo debe callarse.

Y como si el cielo hubiera sentido semejante presión empieza a caer una lluvia fina que levanta olores a hierba mientras una mujer de mediana edad con el cabello largo, rojo y fino, se acerca al hueco donde estamos enterrando el cuerpo de Aveloc.

-¿Quién es esa?

Jane sofoca una risita.

No puedo creer que alguien se ría en un funeral.

-Es la mujer de Aveloc ... la legal, claro, la que nunca quiso vivir con él en este pueblo pero de la que nunca se quiso divorciar.

¡No!

¿En serio?

-Entonces es la madre de Cedric – deduzco.

-Deduces bien, querida Rachel.

Cedric solo la mira. No se acerca a su madre. No le sonrío. No la consuela a pesar de que la mujer tiene los ojos enrojecidos y se enjuga una lágrima.

La mano de Cedric está sobre los hombros de Sarah protegiéndola, consolándola.

Intento ver algo que delate con rotundidad una relación amorosa entre Sarah y Cedric pero por más que lo intento no hay manera. La forma en que la cuida bien podría ser la de un hijastro preocupado por su madrastra.

Claro que estamos obviando que la madrastra tiene la misma edad que el hijastro y que la atracción que hay entre ellos es palpable. Y por supuesto estoy pasando por alto que los he visto a ambos con el cabello mojado y exhalando el olor al mismo gel... aunque bien podrían ser todo casualidades.

La mujer pelirroja se da la vuelta y se dirige de nuevo al coche cuando acaba el sepelio. No se despide de su hijo ni mira a Sarah.

Capítulo 8

Jane y yo nos hemos enterado que la pelirroja primera mujer de Aveloc está hospedada en uno de los alojamientos del pueblo.

-¿Qué busca esa mujer aquí? – le pregunto a Jane.

-Puede que solo haya venido a darle un último adiós al padre de su hijo pero, desde luego, no se va a librar de que la policía la interrogue.

-¿Crees que ha sido Sarah?

Mi pregunta deja a Jane desprevenida y las hojas de té que va a poner a hervir tiemblan entre sus manos.

-¿Podría Jane arrastrar el cuerpo de Aveloc hasta el bosque? – me dice.

-Podría haberla ayudado Cedric.

-Cedric no haría jamás eso. Y por supuesto, Sarah no es una asesina.

-Puede que lo matara en el mismo bosque – digo sin disimulos.

Jane se gira para traer las dos tazas de té a la mesa pero no dice nada.

-Que yo sepa – continuo – la policía no ha encontrado ninguna huella que delate que el cuerpo fuera arrastrado. ¿Por qué todo el mundo da por hecho que fue matado y llevado al bosque? Lo lógico es que quien lo haya matado lo

haya hecho en el mismo bosque.

Jane da un sorbo a su taza pero sigue en silencio.

-Fue un hombre o una mujer fuerte, y Sarah está descartada de la última premisa – añado.

El timbre de la puerta suena. Jane parece aliviada de levantarse y poder salir fuera de mis preguntas e incógnitas.

¿Por qué demonios me estoy tomando todo esto tan en serio? Vale que han matado a un hombre. Pero yo a ese hombre no lo conocía más allá de unos cuantos días frecuentando su cafetería, la única en este pueblo del norte de Irlanda.

Por la puerta de la cocina entra la mujer pelirroja.

-La casa rural donde está hospedada la señora Carly tiene rota la calefacción y nos pide si podemos invitarla a un café – dice Jane que tiene las manos por encima de los hombros de la pelirroja en un gesto protector.

-Claro – respondo con una sonrisa – pero me temo que Jane no suele tomar café.

La pelirroja se vuelve hasta Jane.

-Oh, creía que esta casa era la de la muchacha extranjera.

-Si lo desean – digo antes de que Jane pueda abrir la boca – podemos ir a mi

casa. Allí hay una buena calefacción, incluso un hogar con leños en el fuego, y soy española, claro que tengo café caliente.

Veo que Jane pone cara de pocos amigos.

-Mi casa está en esta misma calle – añado.

-Creo que la señora Carly se conformará hoy con un té caliente. – Dice Jane girándose hacia ella. – Mañana compraré café o – ahora me mira a mí – tal vez Rachel nos pueda prestar un poco.

¡Un momento!

¿Me hace un desaire y ahora quiere que le haga de criada y corra a mi casa a por café? ¿O lo que quiere es quedarse sola con la pelirroja?

Todo esto no me está gustando nada.

¡Nada!

-En realidad estoy cansada y creo que es mejor que dejemos el café caliente para otro momento. Estoy deseando llegar a casa y darme un baño caliente. – Jane parece satisfecha. Ahora lo veo claro, quiere quedarse a solas con ella. – Jane, has sido muy amable dejándome quedarme aquí esta noche.

-Ha sido un placer, querida, lleva cuidado y ve directa a tu casa, no debemos olvidarnos de que en este pueblo hay un asesino suelto.

Capitulo 9

Es difícil imaginarse que un asesino puede matarte en cualquier momento cuando caminando por la calle ves las hermosas hiedras trepando a través de las losas de piedra que conforman la calle. Muy difícil imaginarlo cuando miras cada una de las casas adorables y el pequeño estanque casi helado frente a ti.

Desoyendo el consejo de Jane me acerco a mirar el estanque, el lago, el pequeño río... no estaría mal echarme un poco de esa agua helada en la cara. Podría decir que he estado en Irlanda y me he bañado con sus aguas heladas. Sería una pequeña mentira pero, al fin y al cabo, he probado el agua helada.

Se huele a menta. No sé de dónde viene el olor. No entiendo de plantas pero sé que es olor a menta como si hubiera un eucalipto cerca. A pesar de mi falta de conocimiento botánico no se puede decir que no le eche ganas porque al lado del estanque hay un árbol que se erige enorme y robusto con unas hojas verdes y oscuras y creo que el olor viene de ahí.

Siempre me han fascinado las cortezas de los árboles llenas de grietas, de cortes y ralladuras, de cicatrices hermosas, fluidos cremosos de savia de color ámbar, así que me pongo a examinar la corteza como si fuera una gran experta.

Rozo con mi mano su madera vieja, inspiro con fuerza para llenar mis pulmones del delicioso olor y ...¡algo llama mi atención!

En un pliegue del árbol hay algo que sobresale, algo que parece el resto de un papel. Pongo la mano ahí con delicadeza y tiro ejerciendo una presión leve por miedo a que el papel se rompa.

¡No es un resto de papel!

¡Es una carta entera!

La cojo y miro a mi alrededor con miedo a que alguien me vea.

El aire sale de mi boca contratando con la temperatura y haciendo una bocanada de vapor caliente.

La verdad es que hace un frío que pela y lo mejor que puedo hacer es irme a casa. Adiós a mojarme la cara con el agua helada. ¡Qué idea tan estúpida!... Sobre todo cuando tengo una carta secreta entre manos. Carta de la que no pienso decirle nada a Jane. No me ha gustado ni un pelo la forma en que se ha deshecho de mí. No ha querido aceptar mi invitación obligando a la primera mujer de Aveloc a rechazarla también. Y después ha querido mandarme a casa con la excusa del café. ¡Pues ahora no le voy a decir ni media palabra!

Me salgo del pequeño estanque helado rodeado de árboles y hojas y me marchó a casa con la sensación de que llevo algo muy valioso entre las manos. No me atrevo a mirar la carta. La meto entre mi ropa por si me tropiezo con

alguien en la calle.

El bar de Aveloc está cerrado y la gente del lugar está desubicada. Realmente es un bar caliente, confortable, donde protegerse del frío, de la humedad, de la lluvia. Un bar donde de alguna manera todo el mundo sabe la vida del vecino.

Llego a casa. Es delicioso sentir la atmósfera caliente con el frío que hace fuera. Dejo la carta sobre mi cama. Como si quisiera postergar el momento de abrir algo precioso. Abro el grifo de la bañera y dejo correr un agua tan caliente que llena de vapor el espejo del baño. Me desnudo y me meto en la bañera sin olvidar que una carta me espera cuando salga del delicioso baño. Cierro los ojos. Me dejo llevar por las sensaciones cálidas. Recuerdo mentalmente aquella vez en la que me quedé dormida en una bañera con agua caliente y me desperté al tocar mi rostro el agua. Y entonces, como si fuera una pesadilla algo me presiona la cabeza y me sumerge en el agua. No hay nada que tire de mí. Abro los ojos dentro del agua. Puedo ver a través de ellos de una forma borrosa como alguien que lleva la cara cubierta está intentando ahogarme. La mano me aprieta de forma cruel. No hay manera de zafarme. Pataleo presa del pánico. Se va a acabar todo, me va a matar. Lo sé.

El aire parece reventar mis pulmones mientras yo intento que mi muerte sea dulce, que no duela, pero sí duele, y mucho, me duele el pecho, creo que todo mi cuerpo va a estallar por la falta de oxígeno. Me duele la cabeza. Me duelen

los brazos. La mano sigue sosteniéndome bajo el agua sin ningún remordimiento.

Todo se pone oscuro a mi alrededor.

Lo ha conseguido.

Me ha matado.

Capítulo 10

La muerte es una cosa muy rara. Oyes ruidos extraños, tienes sensaciones extrañas. Es como estar deslizándose por un tobogán lleno de agua fría, como esos que están en los parques temáticos y que hacen las delicias de los niños. Pero aquí no hay risas, los sonidos son distintos, como amortiguados, se oye como si estuvieras dejando el mundo y el sonido de cada cosa cada vez quedara más lejos.

La luz es escasa. No hay. O mejor dicho, algo se percibe. Pero no es una luz brillante ni ninguna historia de esas que te cuentan los que dicen que han vuelto de la muerte. No hay ningún túnel. O puede que el tobogán sea algo parecido al túnel dichoso. No sé que decirte. Es algo muy raro y, desde luego, no es agradable.

No te llenas de paz, eso es mentira.

Te llenas de dolor.

A mí particularmente me está doliendo no haber muerto en España. Ya que te vas a morir pues que sea en el sitio que amas, digo yo. No así. De esta forma tonta. ¿Qué tendré yo que ver con el crimen de Aveloc, con su muerte, con la pelirroja, con Cedric o con Sarah?

Y lo que más me molesta...¡me he muerto sin saber que pone en la dichosa carta!

Vamos, por dios, es que solo se me ocurre a mí estar en medio de un asesinato en el que todo el pueblo es sospechoso, encontrarme una carta en la ranura de un árbol y en lugar de leerla en ese mismo momento irme a casa y prepararme un café y un baño. Pero es que uno de los placeres de los lugares fríos es ese; entrar en una atmósfera caliente, darte un baño con agua casi hirviendo, sentir como tu propia piel se vaporiza hasta el punto que tienes los poros tan abiertos que de ellos sale humo.

¡Una gozada!

Supongo que es comparable a cuando vives en un lugar cálido y te das un baño en la playa, pues te sabe a gloria bendita.

En cielo no habrá baño ni playa...

Y lo de la carta...pues yo que sé. Quería disfrutar y luego aún húmeda y humeante sentarme delante del hogar, dejarlo arder echando dos leños más y después leerla tan tranquila. La estaba guardando como quien se guarda el bombón para el final degustando con deleite la cena.

Ahora a ver como explico yo eso en el cielo...

Otra vez ruido... además debo de estar llegando al túnel porque empiezo a ver algo más claro, una luz clara, justo encima de mis ojos...

Las voces se oyen al principio amortiguadas, como en eco, como si estuvieran distantes, después más claramente, no termino de distinguir lo que dicen pero sé que están más cerca.

¿Serán los ángeles que vienen a por mí?

Me duele el pecho todavía, la caja torácica, tengo el cuerpo cansado. Siempre había pensado que el cuerpo una vez muerto era algo etéreo, o sea ¿no se supone que se queda en la tierra y que ya no sientes nada?

La luz cegadora otra vez sobre mí...

¡ Venga, joder, si voy a pasar por el túnel que sea ya de una vez !

Noto como si alguien me tocara los ojos... un momento ¿me están levantando un párpado?

La luz me deja casi ciega al abrir mi ojo, y no acaba la tortura, ahora alguien que no distingo porque me está apuntando con una linterna me abre el otro ojo y vuelve a mirar mi pupila.

El dueño de la linterna asesina deja caer de nuevo mi párpado y yo abro ambos ojos de golpe.

Una cosa es que me haya muerto y otra muy distinta que San Pedro se pase conmigo.

Entorno los ojos para enfocar bien... hay dos hombres... uno es pelirrojo, el

otro lleva una bata blanca. No hay un arpa, ni unas alas, ni un señor con barba blanca como los que ponen en los anuncios de queso Philadelphia, no, ¡ un tío con una bata blanca!

-Bienvenida, Rachel.

Y juraría que lo ha dicho Cedric.

Capítulo 11

Me ha costado abrir los ojos, pero los he abierto.

Ante mí está Cedric, el hijo de Aveloc, con una sonrisa despampanante de dientes blancos, brillantes, y bien alineados. Una sonrisa de cine pero con un toque natural.

No me extraña que Sarah, la mujer de Aveloc, su padre, esté pillada por él. Este tipo de hombres hacen perder la cabeza a cualquier mujer. En el caso de Cedric es raro, los pelirrojos no suelen ser el prototipo de nadie, pero este pelirrojo no tiene la piel ultra blanca y nívea, es un pelirrojo de tono llamativo como si el sol ardiera en su cabeza, pero de piel lo suficientemente tostada como para que alguien se pregunte de donde viene. Seguramente sea la mezcla con la madre que no es tan blanca como lo era Aveloc. El caso es que la mezcla entre dos estilos distintos resulta fascinante en él.

-¿Qué hago aquí? – pregunto – Porque supongo que esto no es el cielo.

Una carcajada acaricia mis oídos. Este Cedric tiene un tono de voz bonito incluso en una risa.

-Resultas muy tierna con esa frase – me dice.

Respondo a su sonrisa y veo como su rostro adopta una expresión seria.

-Rachel, yo te encontré en tu casa. Fui a preguntarte algo que me inquieta y la puerta estaba abierta. Te llamé varias veces por tu nombre y nadie contestó, pero escuché un ruido extraño en la parte de arriba y subí a mirar. Estabas allí, en la bañera – aparta la mirada como si el recuerdo de verme allí le doliera – creí que estabas muerta. Te saqué, te hice el boca a boca y gracias a Dios volviste en ti.

Pobrecillo, imagino que debió de pasarlo fatal. Claro que después de haber visto a su padre asesinado en el bosque me parece que lo mío debe ser para él *peccata minuta*, no es lo mismo ver a tu padre que a una extranjera con la que no te une nada.

-Muchas gracias por salvarme la vida. Soy consciente de que alguien ha intentado asesinarme. De lo que no tengo ni idea es del motivo. ¿Qué peligro puedo yo suponer para alguien? – casi que estoy pensando en voz alta pero Cedric me mira con ojos comprensivos.

-Créeme que todo el pueblo es consciente de eso, de que alguien ha matado a mi padre y ahora han intentado asesinarte a ti. Debes haber descubierto algo que te ponga en la pista del asesino o de la asesina.

-Pero no es así, Cedric, no he descubierto nada, no tengo ni idea de quien ha matado a tu padre – le respondo.

Cedric se levanta de su asiento y se acerca a mí. Se sienta sobre la cama del hospital donde estoy.

-Creo que sí, Rachel, tienes o, al menos, has tenido algo en tus manos que alguien se quiere esforzar en hacer desaparecer – me responde.

A mi mente todavía confundida llega la imagen de la carta metida en la hendidura del árbol.

-¿Te refieres a ... -- me doy cuenta de que empieza a asentir con la cabeza.

-A la carta, Rachel – completa él mi frase.

Me incorporo sobre la cama.

-¿Y cómo sabes tú lo de la carta?

-A eso fui a tu casa. Sarah me dijo que había dejado una carta para mí en la hendidura del árbol donde hicimos el amor por primera vez. Yo te había visto meterte en el bosque en dirección del estanque. Quise ir a tu casa a preguntarte si la tenías tú. – Detiene sus palabras y suspira. – Supongo que ahora que sabes el contenido de la misma debes pensar que soy un cerdo acostándome con la mujer de mi padre.

Pues la verdad es que aunque suponía algo así me está dejando de pasta de boniato. Yo pensaba que era un coqueteo , un “ *me gustas y tienes la misma edad que yo, que pena no haberte conocido a ti antes que a tu padre*”, pero

no, había tela que cortar.

Vaya, vaya con Cedric y Sarah.

Lo que pasa es que yo ahora no sé si decir la verdad o hacerme la enterada.

Bueno, vamos a ver, en mi vida jamás he mentado. Claro que estamos hablando de que puede que me esté jugando la vida. ¿Qué tal si Cedric es el asesino y está fingiendo para despistar?

¡No puede ser!

¡Es imposible!

Veamos... si fuera el asesino en lugar de salvarme me habría dejado morir ¿no?

-Cedric, no sigas hablando, la verdad es que yo no llegué a leer la carta – me pone cara de sorpresa. – Seguro que pensarás que soy muy rara si te cuento que quise tomar un café caliente y darme un baño de agua con sales antes de colocarme plácidamente frente al fuego para degustarla.

-¿Degustarla?

-Sí, como si fuera el postre de una cena perfecta. Tenía la sensación de que tenía algo valioso entre mis manos.

Miro su cara.

Definitivamente está pensando que soy una tía muy rara.

-Supongo que mi historia con Sarah es como para hacer una novela - dice.

-Bueno, muy ético no es acostarse con la mujer de tu padre, o de tu hermano, o de tu amigo, pero son cosas que pasan en la vida.

Tengo la sensación de que está pensando en otra cosa por su mirada ausente.

Que poco le ha durado el remordimiento. Puede que se haya aliviado al saber que no he leído el contenido de la carta.

-Alguien más te vio entrando en el bosque, Rachel. ¿Tienes idea de quién pudo ser?

-Pues no, yo estaba tomando té en casa de la señora Jane cuando llegó tu madre, a ella le apetecía un café, ofrecí que fuéramos a mi casa pero Jane no quiso, incluso tuvo el atrevimiento de decirme veladamente que fuera a por el café a mi casa para llevárselo a ella. Pero nada más. Sí habían algunas personas en la calle pero no me fije en nadie en particular ni creo que nadie se fijara en mí.

Cedric apoya su barbilla sobre los nudillos de una mano. Tarda unos segundos en decir:

-Jane y Carly no pueden haber sido. Estaban juntas. A no ser que una se deshiciera de la otra en cuanto tu abandonaste la casa de Jane.

-¿De verdad crees que tu madre hubiera podido hacerlo?

Se rasca la barbilla.

-No le faltarían razones pero mi madre no es una asesina.

¡No puedo creerlo!

-¿Jane?

-Es demasiado mayor. – Responde Cedric. - Mi padre hubiera podido defenderse si ella lo hubiera atacado.

-Pero Cedric, hubiera podido defenderse si lo hubiera atacado en un cuerpo a cuerpo, no es el caso, el asesino le propinó una cuchillada, lo atacó por la espalda.

Sí, a mí también me parece increíble estar hablando de Jane, la señora Jane, la inglesa amable que fue a vivir a Irlanda, como si fuera una posible sospechosa.

De repente se me ocurre algo.

-¿Cedric, tan revelador es lo que pone en esa carta como para que alguien pueda matar para proteger vuestra historia?

-No lo sé, Rachel, no llegue a leerla pero Sarah me dijo que era una carta donde exponía sus sentimientos.

Alguien toca la puerta de la habitación.

Veo entrar a Jane y a Carly. No hay ningún gesto madre e hijo, se saludan con

un movimiento de cabeza como si fueran dos conocidos y no los uniera ningún lazo familiar.

-Vaya susto nos has dado, pequeña – me dice Jane.

-Más lo siento yo – respondo a su beso en mi mejilla.

-Está de más decirte que puedes quedarte en mi casa el tiempo que lo desees. Es lo mínimo que puedo hacer. – Dice Jane con una voz preocupada.

-Yo creo que lo mejor sería que vinieras conmigo a hospedarte en el hostel – me sorprende escuchar esas palabras en la boca de Carly, la madre de Cedric. Por lo visto a Jane también le sorprende porque frunce el ceño. Gesto que no pasa inadvertido por Carly. – Creo que es lo mejor. El hostel tiene servicio, es más difícil que alguien pueda colarse allí para entrar en una de las habitaciones. No debemos olvidar que han intentado matarla. No es ninguna broma. No ha sido una indigestión ni un malestar, ha sido un intento de asesinato.

Lleva razón, lleva toda la razón.

-Creo que le haré caso a Carly, me voy con ella al hostel.

Al despedirnos Cedric me mira como si quisiera decirme algo más, como si hubiera algo más que aclarar pero no podemos más que despedirnos mientras promete que meterá mis cosas en una maleta y a partir de ese momento me alojaré en el hostel.

Capítulo 12

El pequeño hotel no puede ser más confortable de lo que es. Las habitaciones son de madera, un buen aislante del frío, amplias, con copertas gruesas bajo las camas para crear calidez a la hora de dormir. Hay un hogar en cada habitación que la dueña del hostel se molesta en mantener encendido para sus invitados. El tejado de madera reforzada y construido a dos aguas hace que sea muy fácil escuchar el sonido de la lluvia y verla caer resbalando por la ventana.

Bajo a cenar y allí me encuentro a la sonriente hostelera con una abundante cena y añadiendo:

-Los irlandeses no cenamos mucho pero sé que los españoles sí. El postre es típico de aquí, un pudding de queso con caramelo por encima.

Tiene un aspecto francamente delicioso y el sabor es cremoso y envolvente.

Desde mi mesa veo como entra Carly. Apenas pide unas tostadas y un té y se dirige a mi mesa.

-¿Más tranquila? – me pregunta con un tono de voz maternal.

-Sí, no creo que aquí nadie intente matarme – le respondo.

-Salvo que la asesina fuera yo, no, no creo que nadie intenta nada contra ti de

nuevo.

Me desconcierta que hable de esa manera como si se tomara a risa que alguien pudiera sospechar que es una asesina.

-¿Quién crees que ha sido? – le pregunto claramente.

-Creo que la que más motivos tenía para acabar con Aveloc era Sarah.

-Sin embargo hay gente que piensa que la ex mujer celosa tiene más motivos que la esposa actual.

Lanza una risotada al aire que llena el espacio entero de la sala.

-Rachel, yo tengo pareja en Dublín, por dios, me vi aliviada cuando Sarah me lo quitó de encima. Aveloc era un hombre obsesivo con las mujeres. No me dejaba hacer mi vida tranquila. Yo ya lo había dejado y vivía en Dublín. Una vez al mes venía y me asediaba, intentaba que fuéramos a cenar, que saliéramos a pasear, me dejaba regalos en la puerta de mi casa...

-A Sarah la conoció en Dublín, ¿no es así?

-Claro, en uno de los viajes que hizo intentando recuperarme. Siempre me pregunté que vio aquella jovencita en alguien como él.

-¿A qué te refieres? – Carly tiene ganas de hablar y no voy a ser yo quien se lo impida.

-¡ Oh, por favor, no hay más que mirarla! Aveloc era un hombre atractivo, pero

un hombre de cincuenta y cinco años, y ella una chica de veinticinco. ¿Qué podía ver en él?

Tengo la impresión de que quiere decirme algo pero no termina de animarse y la verdad, es que yo no sé por donde salir. Nunca he entendido a la gente que da rodeos. Si tienes algo que decir lo natural y lo más fácil es que lo digas. Sobre todo cuando tu interlocutor no tiene demasiadas habilidades sociales, como es mi caso, o no domina bien la lengua de tu país, como también es mi caso.

-Bueno, Carly, hay mujeres que se sienten atraídas por los hombres maduros porque les dan una estabilidad emocional mayor que alguien de su edad. Yo tuve una amiga en España que se casó con un hombre quince años mayor que ella y al día de hoy siguen siendo muy felices – Carly pone los ojos en blanco como si le estuviera aburriendo lo que le digo -. Lo que quiero decir es que es posible que se enamorara de él.

-Claro, y por eso coqueteó desde el primer momento con mi hijo ¿verdad?

-Yo no estaba ahí para verlo, Carly, solo me guió por las habladurías. Tal vez si hubiera estado presente...

-Aveloc tenía unos celos enfermizos de Cedric – dice interrumpiéndome. – No sabes la de veces que me llamó para decirme lo arrepentido que estaba de haber llevado a Sarah al pueblo.

Desde luego esta mujer me está fastidiando la dulzura del pudding de queso.

-Dame un segundo – digo limpiándome la boca con una servilleta de suave tela blanca y dando por terminado mi pudding, que total, no me lo voy a poder comer a gusto. – Insinúas que Aveloc le hacía la vida imposible a Sarah por sus celos y Sarah se lo quitó de encima, ¿es eso lo que quieres decir?

-Insinúo que tanto Rachel como Cedric tendrían un motivo para acabar con él.
– Abre su bolso y me entrega un sobre cerrado.- Si quieres abrirlo tal vez sea esclarecedor lo que pone en él.

Sacó de dentro del sobre un folio... ¡un alta médica!

-¿Qué es esto?

-Supongo que no tienes el suficiente inglés para los términos médicos pero como puedes ver es un informe de alta de Sarah. Aquí tienes su nombre – dice señalando con un dedo de uña redonda y pulida. – Aveloc solía golpear a Sarah.

¡¿Qué?!

Ese hombre amable que me servía los cafés con leche calientes en los días de lluvia mientras yo pensaba que era la mujer más feliz del mundo por conocer Irlanda, ese hombre ...¿era un maltratador de mujeres?

Y si era así ¿por qué nadie me había dicho nada?

Mejor dicho ¿por qué Jane no me había dicho nada?

Mi escaso inglés comprende que Sarah tuvo lesiones por golpes en el rostro.

No puedo evitar que el papel médico tiemble en mis manos.

-¿Alguien más sabe esto en el pueblo?

-Todo el mundo sabe en el pueblo que Aveloc golpeó a Sarah en varias ocasiones. ¿No te dijo nada Jane? – Niego con la cabeza. – Esa mujer no me termina de gustar. Se hace la amable pero trama algo.

-Tengo dos preguntas para ti, Carly. – Advierto como hace un gesto de asentimiento. – La primera es que como es posible que Cedric consintiera algo así ¿por qué no cogió a Sarah y se fue con ella a Dublín?. Y la segunda ¿por qué piensas que Jane puede tramar algo?

Carly aparta de sus hombros un mechón de cabello exactamente del mismo tono que el de su hijo, su arrebatador y hermoso hijo. Se toma su tiempo para responderme. Da un trago a su té y mira por la ventana como cae la lluvia.

Inspira y me mira.

Solo entonces responde:

-Cedric no podía hacer nada si Sarah se negaba a abandonar a Aveloc. No me preguntes porqué. Mi hijo no me quiere contar nada, me mantiene a distancia para que no me inmiscuya. – Madre mía y yo que me creía que en los pueblos la gente se aburría. – Y respondiendo a tu segunda pregunta; no tengo ni idea

solo te digo que tengo la sensación de que esa mujer no es trigo limpio.

-No es tan raro que una esposa se niegue a abandonar a su marido a pesar de tener un amante, Carly. Seguramente Cedric no podía darle la seguridad económica que Aveloc le brindaba. Sucede todos los días en todas las partes del mundo. Y bueno, yo tampoco termino de confiar en Jane pero hasta ahora no he podido encontrar nada real de que acusarla.

-Por lo menos de ser una cotilla sí puedes. El otro día cuando casi te echó de su casa con la excusa del café todo cuanto quería era saber si la cafetería pasaría a Cedric o yo tenía algún derecho sobre ella.

La verdad es que es la pregunta que haría cualquier maruja española ante algo así pero bueno, entiendo a la pobre Carly.

Carly se dispone a irse. Lo noto en sus movimientos lánguidos que evidencian su cansancio. Antes de que se vaya le digo:

-Muchas gracias por sugerir que aquí estaría más protegida que en casa de Jane. La policía me está custodiando pero tu me haces sentir acompañada. – Ella pone una sonrisa complacida. – Una última pregunta antes de que te vayas a descansar. – Hace un gesto afirmativo con la cabeza. - ¿Por qué me cuentas todo esto a mí en lugar de a la policía?

-Porque te han intentado matar, Rachel, eso quiere decir que tú conoces algo o estás a punto de conocerlo y que ese algo es definitivo para encontrar al

asesino.

Y otra vez viene a mi mente la dichosa carta.

¿Por qué fui tan estúpida y no la leí?

Capítulo 13

Estoy pasando una noche horrible. No me tranquiliza que la policía venga de vez en cuando a echar un vistazo; ¿y si el asesino viene en esos espacios en blanco cuando no hay vigilancia?

Además todos los sospechosos circulan por mi mente. Cedric tenía razones para matar a su padre, Sarah tenía razones para matar a su marido, y Carly también. Y ... ¿estoy en el mismo hostel que Carly!

Malditos sean los irlandeses que no tienen café, tanto té me está aguando el alma. Quisiera bajar y tomar un café con leche caliente pero solo encontraré el jodido té de siempre.

¿Y Jane? ¿Qué pasa con ella?

No me parece normal esa mujer tampoco. Ese secretismo que quiso tener con Carly cuando me envió a mi casa a por café. ¿Será verdad que estaba interesada en saber quien se quedaba con la cafetería? Eso fue lo que me dijo Carly.

En fin, no tengo ya ninguna esperanza de poder echar un sueño, estoy demasiado ansiosa para eso así que mejor me pongo la batita y bajo a por el consabido té a sabiendas de que lo único que puedo hacer es mirar la lluvia

por la ventana esperando que amanezca.

Desde aquí, instalada en el mullido sofá forrado en tibia piel, puedo ver como las gotas caen como hilos transparentes por la ventana. Advierto cada cambio de luz que se produce y me maravillo de como solo en cuestión de segundos, en un rapidísimo parpadeo, las luces de un nuevo día te sorprenden. Es un juego que practico desde niña. Mirar fijamente el cielo para no perder el momento preciso, definitivo, en el que nace un nuevo día.

Reflexiono hasta darme cuenta de que las personas somos muy curiosas, y sobre todo, muy impacientes. Queremos que todo se resuelva en un momento preciso que anhelamos, que buscamos e incluso que forzamos. Y no es así, nunca en así en ningún aspecto de la vida. Todo sucede en un orden de cosas y, de la misma manera que miramos fijamente el cielo tratando de capturar el instante exacto sin entender que todo está en continuo cambio y que querer retener el tiempo en un segundo es absurdo, de esa misma forma deberíamos comprender que es imposible que todo, cualquier cosa en la vida, quede reducida en un detalle.

Es inútil que yo trate una y otra vez de descifrar cada palabra de cada uno de mis tres sospechosos, sobre todo porque ni siquiera he hablado mucho con mi principal sospechosa, Sarah. No solo trato de descifrar las palabras, también los gestos, las modulaciones en la voz, las motivaciones ocultas como el

comportamiento de Carly que me ha hecho saber que Aveloc era un maltratador.

Todos los pensamientos se van enlazando unos con otros en mi cabeza hasta que en un abrir y cerrar de ojos el amanecer me sorprende en la ventana con los últimos restos de una noche de intensa lluvia.

La luz siempre nos tranquiliza, siempre nos hace sentir más seguros y es entonces cuando yo decido regresar a mi dormitorio para ver si puedo dormir un poco, descansar mi mente, más que mi cuerpo, de tanta tensión, de tanta angustia.

Todavía es temprano y falta como una hora y media para que el desayuno se sirva en el hostel así que al menos podré dormir. No me pilla de susto, son una insomne habitual porque mi mente es bulliciosa, no consigo acallar mis pensamientos, ellos pueden conmigo, por mucho que lea a Osho para tratar de aquietar la velocidad de mis pensamientos, nunca lo he conseguido.

Justo cuando me levanto, escucho decir:

-Buenos días, Rachel.

Me giro en dirección a la voz y veo a una mujer delicada, con la melena rubia mojada y tiritando.

-Sarah ¿qué haces aquí? – le digo preocupada por su estado.

Me ofrece una de sus manos. Lleva en ella un vaso de plástico con café humeante que llena el salón de sus aromas característicos. En la otra mano lleva otro vaso para ella, supongo.

-¿Podemos hablar en algún sitio privado? – me pregunta.

-Claro. Vamos a mi dormitorio y te dejaré ropa seca. Vas a coger una pulmonía.

Ayudo a una Sarah temblorosa a desnudarse y le dejo un pijama de grueso algodón. La coloco frente al fuego y le recojo el cabello en la nuca para que el roce de las hebras y mechones mojados no la hagan coger frío. Al levantar sus cabellos rubios me doy cuenta de que tiene un besito de ángel en la nuca, una marca de color rosa en forma triangular, no muy grande pero con el suficiente tamaño para que no pase desapercibida.

-Eres una persona afortunada – le digo haciendo mención a su marca.

Ella sonrío.

-La tengo de nacimiento. Dicen que mi madre tiene una exactamente igual y en el mismo lugar.

-¿Dicen? ¿Nunca se la viste?

Me siento frente a ella y pongo las tazas de café que ha traído frente al fuego para que se calienten.

-Rachel, yo jamás conocí a mis padres. Viví en una casa de caridad hasta los dieciséis años.

Me quedo a cuadros. Ahora voy entendiendo. Quizá con Aveloc pensó que siempre estaría protegida.

-Vaya, lo siento, no tenía ni idea. – La verdad que facilidad tengo yo para preguntar impertinencias.

-Oh, no podías saberlo, llevas muy poco tiempo en el pueblo.

-¿Y qué pasó cuando cumpliste los dieciséis, te echaron así por las buenas?

-No, claro que no – dice soltando una risita. – No puedo decir nada de las religiosas que me cuidaron a mí y a un buen montón de niños. Encontré un trabajo como camarera en una franquicia de café. Ahí fue cuando desarrollé mi gusto por los buenos cafés – dice sonriente, desde luego, trauma no se le ve ninguno por haber estado en esa clase de hogar, aunque claro, nunca se sabe, los grandes traumas siempre van por dentro como cicatrices eternas. – Allí, siendo camarera fue cuando conocía a Cedric.

Se ha debido confundir con la tensión la pobre.

-Querrás decir a Aveloc, su padre, tu marido.

Ella niega con la cabeza.

-No, Rachel, a Cedric, al primero que conocí de los dos fue a Cedric. Él iba

allí a visitar a su madre que continuamente viajaba a Dublín.

¡Vaya tela!

-La señora Carly está también hospedada aquí – le digo – ayer estuvimos hablando un poco y me contó que ella ya tenía la determinación de separarse de Aveloc cuando él te conoció a ti. De hecho insistió mucho en que supiera que para ella fue una bendición tu aparición en su vida porque Aveloc, según Carly, estaba obsesionado con recuperarla.

Sarah se levanta del sillón. Los leños ardiendo en el hogar han hecho su efecto y sus cabellos secos refulgen a la luz de la lumbre mientras agarra las dos tazas de café y me ofrece la mía.

Doy un sorbo y mantengo el silencio.

-Supongo que no te mentiría. La verdad es que cuando yo conocí a Cedric él ya me hablaba de las separaciones periódicas de sus padres y de los celos enfermizos que sentía por Carly.

-¿Y conociendo esos antecedentes te viniste al pueblo con él? – le pregunto mientras dejo que mis fosas nasales inhalen el delicioso olor a café.

Sarah hace el mismo gesto que yo y huele su café.

-Cuando conocí a Carly pensé que era una coqueta, una mujer acostumbrada a que los hombres la miren y la admiren, así que di por hecho que la culpa era

de ella. Es un error que cometemos muchas mujeres, tendemos a pensar que la culpa de la actitud negativa de un hombre es por algo que ella hace mal. Pero el tiempo me puso en otra perspectiva de las cosas. Yo jamás fui tan llamativa como Carly, jamás me gustó coquetear, mi actitud fue siempre intachable – no puedo evitar que su historia con Cedric me viniera a la cabeza...¿actitud intachable? – y sin embargo – añade – Aveloc también me celaba, me reclamaba cada cliente con el que compartía una sonrisa. Cuando vine a descubrir qué tipo de hombre era ya estaba en el pueblo.

¿Me callo o no me callo? ¿Lo digo o no lo digo?

¡Lo voy a decir!

Al fin y al cabo han estado a punto de asesinarme por una carta que ha escrito ella.

-Puede que él sospechara que tu y Cedric estabais juntos, puede que sus celos y su control fuera por eso, Sarah.

-Oh, no, estás muy equivocada, Rachel, yo no he sido amante de Cedric hasta hace muy poco. Siempre tuvimos una relación especial. Pero no ha sido sino hasta hace apenas unos meses que estamos juntos.

-Pero acabas de decirme que lo conociste a él primero- le apunto.

-Sí, es cierto, y tuvimos un romance siendo unos críos, pero un romance de niños, apenas unos besos, unos tocamientos, nada más. Aveloc nunca lo supo.

-Sarah ¿por qué viniste al pueblo, estabas realmente enamorada de Aveloc?

Ella vuelve a beber café y veo como su mirada se pierde entre los leños que arden en combustión. Observa como se elevan, escucha como crepitan, inspira y huele a madera y café.

-Yo siempre estuve enamorada de Cedric, vine aquí con Aveloc con la única pretensión de conquistar a Cedric, de que me amara como yo lo amaba a él. Y lo conseguí, pero se negaba a aceptarme porque ya era la mujer de su padre.

-Es natural – le digo. – Las cosas no se hacen así, Sarah, debiste venir sola a por él, no debiste utilizar a Aveloc para acercarte a Cedric.

-Ahora lo sé, pero no tenía mucho dinero ni sabía por donde empezar, cuando supe que era el padre de Cedric lo vi claro y me vine con él.

-Sabes que vuestra historia os hace sospechosos y no dudes de que si el mundo chismorrea los cotilleos llegarán a la policía – le digo.

-Lo sé, por eso he venido a pedirte la carta.

¡La carta, la dichosa carta!

-Pero yo no tengo esa carta, Sarah, ni siquiera llegué a leerla. Supongo que debe ser muy comprometedor para que alguien se haya tomado la molestia de intentar matarme al suponer que conozco su contenido.

-No hay nada nuevo en ella, nada que la gente del pueblo no sospeche, es una

carta en la que cito a Cedric para preparar nuestra marcha a Dublín. Pero ahora si esa carta llega a manos de la policía pensarán que Cedric o yo matamos a Aveloc.

Sarah ya está completamente seca y se empiezan a escuchar las voces de los primeros huéspedes en el hostel. Todo el mundo se está preparando para el desayuno y lo bueno para Sarah sería que nadie la viera. Así se lo hago saber y ella vuelve a vestirse con sus ropas ya completamente secas después de haber estado al lado del fuego.

La acompaño escaleras abajo haciendo de avanzadilla para que no la vea nadie. Al irse me abraza y dice:

-Te juro, Rachel, que ni Cedric ni yo lo matamos.

Y la creo, algo me dice que es inocente. Si fuera culpable no se habría expuesto a venir al hostel, no se habría mostrado para que yo pudiera reconocer en ella algún movimiento que la delatara como la persona que intentó ahogarme en mi bañera.

Me siento a desayunar uniendo los pedazos sueltos de todo lo que me va llegando de unos y otros. Y si hay algo que tengo claro es que más allá de Cedric hay alguien que intenta protegerla, que intenta resguardar su reputación, que pretende liberarla de toda sospecha... pero ¿quién?

Capítulo 14

Desayuno con Carly, la madre de Cedric, ella coquetea con sus tostadas y su café. Me da la impresión de que es ese tipo de mujeres que apenas comen para mantener su figura. Hay que decir que es francamente llamativa. A pesar de estar ya en la cincuentena los hombres si giran a mirarla cuando entra en cualquier sitio. Tiene una melena como la de Cedric, como una llama prendida en el cabello, pero no es un rojo ofensivo como el que dan los tintes comerciales, sino un rojo natural, fresco, suave, que agrada a la vista.

Estoy dudosa, no sé si contarle que Sarah me visitó, no sé si decirle que vino a buscar la carta. Esta duda hace que me demore desayunando y evite mirarla demasiado a los ojos.

-Creo que hoy iré a dar un paseo por el pueblo. La cafetería de Aveloc ya está abierta. - Le digo.

-Sí, me han dicho que Cedric ya la está llevando – me responde con un gesto de disgusto. – Deberían de venderla y marcharse los dos juntos a Dublín.

-¿Te refieres a tu hijo y a Sarah?

-Sí, aquí nada bueno les puede esperar ni podrán vivir su amor en libertad, la gente siempre los juzgará, en cambio allí podrán empezar de cero, como una

pareja más.

-Tienes razón, Carly, pero supongo que no podrán irse hasta que se cierre la investigación. Ya sé que ambas pensamos que ellos no fueron los responsables de la muerte de Aveloc pero para la policía son dos sospechosos. Y lo serán aún más si encuentran la carta.

-Esa carta ... dime la verdad, Rachel ¿qué había en ella?

-Te juro que no lo sé, Carly, Sarah asegura que solo citaba a Cedric para planear su marcha a Dublín. Pero alguien más que tu piensa que esa carta es definitiva, recuerda que casi me matan para adueñarse de ella.

-¿No recuerdas nada, Rachel, no recuerdas la forma del cuerpo del agresor?

¡Uf!

Es lo que menos quiero recordar. Supongo que ese pensamiento se refleja en mi cara porque Carly dice:

-Ya sé que para ti debe ser una pesadilla, pero en algún lugar de este pueblo hay alguien que intento matarte por esa carta.

-Lo sé, Carly, y no fue Sarah, no era su complexión, Sarah es una mujer pequeña, tampoco era Cedric, este es mucho más alto y corpulento que la persona que me atacó. Es alguien que le da mucha más importancia a ese papel del que realmente tiene y, sobre todo, es alguien que quiere proteger a

Sarah o a Cedric. – Veo su cara horrorizada. – Tranquila, a ti ya te he descartado. Tu tienes una figura voluptuosa que ni siquiera un hábito que te cubriera entera podría disimular.

Ahora muerde su tostada, como si la conversación la fuera animando, como si se entusiasmara por colaborar conmigo o por recibir información.

-Dime , Carly, ¿ qué opinas de la señora Jane?

Carly abre sus ojos redondos y grandes.

-¿Sospechas de ella?

-No me pareció normal la forma en que se deshizo de mí cuando llegaste a su casa. ¿Se dice algo de ella en el pueblo, alguna historia que la gente cotillee?

-Que yo sepa no, pero te propongo algo. – La escucho con atención. – Yo la sacaré de casa con alguna excusa y tu puedes ir a fisgonear. Si ella tiene la carta la encontrarás en algún lugar de su casa.

-Pero eso es un allanamiento de morada. – Le digo.

-No, si yo te dejo la puerta abierta y tu entras a preguntar como está y ...oh... te llevas la sorpresa de que no hay nadie. Recuerda que a Cedric nadie le acusó de allanamiento al entrar en tu casa porque la puerta estaba abierta.

Capítulo 15

No me siento bien entrando en una casa ajena.

Vale, Carly ha dejado la puerta estratégicamente abierta, de forma que al exterior parece cerrada pero sin el cerrojo echado, y se supone que soy amiga de Jane, de manera que nadie podría acusarme de allanamiento de morada si yo decidiera visitar a mi amiga y al ver que no sale entro preocupada porque la puerta está abierta.

Pero aún así, me siento mal.

Yo vine a Irlanda a pasear por sus verdes prados no a meterme en casas ajenas. Claro que lo hago por mi bien, los policías son unos completos inútiles en todas las partes del mundo, no sé si son faltas de ganas de trabajar o que ven tantos delitos que han decidido que el mundo no tiene remedio pero el caso es que se limitan a hacer preguntas y apuntar al sospechoso más evidente. Por ese motivo alguien robó la carta, porque Sarah sería arrestada sin ningún tipo de titubeos.

Pero ¿qué puede tener que ver Sarah con Jane?

Y sin embargo, algo me dice que tiene algo que ver con toda esta historia.

Mis dudas no se hacen esperar mucho. Tengo que reconocer que me he desesperado abriendo cajones sin encontrar más que prendas muy bien lavadas, planchadas y apiladas en cada estante, pero ahora tengo una caja en mis manos, una caja metálica de las que se usan para guardar algo valioso.

Me pregunto si son joyas.

¡Joder, espero que no me acusen de robo si la vieja pierde algo!

Pero no hay joyas dentro.

¡Hay fotos!

Las fotos tiemblan en mis manos. Fotos antiguas, en blanco y negro donde una Jane joven, hermosa, de cabellos dorados y ojos azules posa sonriente en lo que debía ser su vida familiar a los veinte años. Tiemblo y vuelvo a temblar, trago saliva y parpadeo varias veces.

Cualquiera que vea estas fotos se daría cuenta de lo mismo que yo... ¡el parecido entre Jane y Sarah es asombroso!

Me cuesta digerirlo, se me acelera el corazón ante mi descubrimiento, pero a la misma vez un sentimiento agridulce me va copando.

Después de todo, esas fotografías no pueden demostrar nada.

¿Qué pasa si hay un parecido entre dos personas?

¡Nada!

¡Absolutamente nada!

¿Acaso los orientales no nos parecen todos iguales?

Son dos mujeres rubias con los ojos azules y nada más.

Pero...¿qué es esto?

Jane aparece en una foto con una niña de meses en su regazo, un bebé vuelto de espaldas que toca su cara, un bebé de cabello corto y dorado al que no puedo verle la cara pero sí su coronilla con los dulces cabellos cortos dejando una nuca blanca y de aspecto suave al descubierto. Y ese bebé tiene algo que llama mi atención poderosamente, un punto rosado en su nuca, un nevus en forma de triángulo.

¿No dijo Sarah que tenía aquella marca en su nuca desde su nacimiento?

¡Oh, dios, me tiemblan las manos!

Ya he olvidado que entré ahí para encontrar una carta, estoy demasiado impactada por mi descubrimiento, tanto que tengo que hacer un esfuerzo por juntar las palabras en mi mente.

¿Es posible que Jane sea la madre de Sarah?

Es imposible que hubiera otro bebé en el mundo con una marca exactamente igual y en el mismo lugar que Sarah.

Traigo a mi mente la conversación con ella en el dormitorio del hostel. Ella

dijo que no tenía padres, que se había criado en un hogar de huérfanos y salió de él con dieciséis años para ponerse a trabajar, y que las monjas le habían contado que su madre tenía una igual en el mismo sitio.

Cierro la caja con las manos aún temblando.

Debo dejarlo todo tal y como lo encontré para que Jane no sospeche que alguien ha estado en su casa. No soy capaz de calcular cuánto tiempo llevo allí, no demasiado, pero tal vez más de media hora.

Me atenaza el miedo.

¿Y si Jane es la asesina? ¡Dios mío y yo tomando té con ella!

Dejo la caja en el cajón donde la he encontrado pero me quedo con la foto de Jane con la bebé ... ¡con Sarah!

Y corro, corro y corro hacia el hostal.

Capítulo 16

Carly entra en mi habitación. Me echo en sus brazos. Ella me consuela como si fuera una madre amorosa. Me dejo acariciar la espalda. Dejo que la sensación cálida de una hija protegida por su madre llegue hasta mí, y ese pensamiento me lleva de nuevo hasta el otro, hasta ese que dice que Jane es la madre de Sarah.

Para mí no hay duda. Yo lo tengo muy claro.

Carly me siente estremecer entre sus brazos.

-Tranquila, pequeña, todo estará bien. ¿Qué es lo que pasa?, ¿qué has descubierto?

Me siento sobre la cama, Carly se sienta a mi lado.

-¿Ha sido muy difícil entretenerla? – le pregunto.

-Pues fíjate que no – me responde con los ojos brillantes – todo cuanto le dije es que quería ir al bosque por si encontraba alguna pista que nos condujera al asesino y ella aceptó encantada. Algún propósito tiene aunque aún no sepamos cual.

-Ya lo creo que tiene un propósito – le digo extendiendo mi mano para

mostrarle la foto de una Jane joven con un bebé en brazos. – Mira esta foto, es Jane, estaba en su casa, en un cajón dentro de una mesita de noche, es una niña y tiene una marca en la nuca. La niña es Sarah.

-¿Cómo? – prácticamente me arranca la foto de la mano.

La mira y la remira.

-Dios mío, son prácticamente iguales – dice con un dejo sorprendido en la voz. - ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?

-Porque Jane es vieja y Sarah es joven. Es evidente que son madre e hija.

-Y por si hubiera alguna duda el bebé tiene la marca en la nuca que tiene Sarah – me recuerda.

-¿A quién se lo dirías, Carly, a Sarah o a la policía?

Ella se toca la sien con la yema de uno de sus dedos.

-A ambos, pero primero a Sarah.

Capítulo 17

La cafetería de Aveloc se llamará siempre así...”La cafetería de Aveloc” y aunque Cedric se empeñe en poner “La cafetería de Cedric” no conseguirá que la gente del pueblo la llame de otra manera.

Ha habido cambios en ella.

Cedric ha modernizado algunos de los elementos de la misma que ya estaban viejos o antiguos. Hay una nueva cafetera, están instalando una nueva barra y hay mesas y sillas nuevas.

¡Qué capacidad de trabajo la de este muchacho que en un solo día consigue darle otro aire a un negocio que permaneció inalterable durante años!

No es que yo piense que hay nada malo en ello, pero sí me choca que no haga un luto más grande por su padre, incluso se diría que no tiene ninguna pena, como si la muerte del mismo no le afectara demasiado. Ahora que lo recuerdo en el funeral no lloró. Aunque casi nadie lloró en el funeral.

Realmente la gente puede engañar tanto...

Puedes tratar con una persona a diario y pensar que es encantadora y resultar ser una mala persona capaz de golpear a su mujer por celos.

En fin, como quiera que sea, Carly y yo estamos en la cafetería donde Cedric y Sarah parecen compartir con alegría su nueva vida y donde no parece preocuparles mucho lo que la gente piensa.

-Hijo, nos gustaría hablar con Sarah a solas. ¿Es posible que nos atienda en privado?

-¿Qué ocurre? – pregunta él.

-Creemos haber encontrado a la madre natural de Sarah.- Le respondo.

Una cara primero sorprendida y después sonriente nos acoge.

-Podéis ir esta tarde a su casa. Sarah estará descansando. La noticia le pondrá contenta. Siempre quiso saber porque sus padres la dejaron en aquel hogar para niños.

De vuelta a casa Carly me aconseja hablar con la policía.

- Está bien que le contemos a Sarah quien es su madre pero también debemos hablar con la policía.

-¿Crees que es necesario? – Le pregunto.

-Sí, lo creo, Rachel, ¿cuánto tiempo crees que tardará la policía en relacionar una cosa con la otra? – Se detiene y me mira a los ojos. – Un marido golpeador y una madre que quiere proteger a su hija. Es un puzle de dos piezas, Rachel. Y si le das tregua a Jane para que busque una solución a la

sospecha, puedes creer que la encontrará. Vamos a la policía ya.

La policía nos trata bien.

-Esto cambia el curso de la investigación – nos dice uno de sus agentes. – Los principales sospechosos eran Cedric y Sarah.

-Lo sabemos – le digo.

-Ahora con este nuevo dato debemos preguntarle a la señora Jane cual fue su propósito al venir a este pueblo.

-¿Eso quiere decir que ahora es sospechosa?

El policía asiente con la cabeza.

-¿Y lo de la carta? – pregunto.

-Lo de la carta lo hemos dejado de investigar. – Pongo los ojos en blanco. Creo que ahora entiendo porque Carly me dijo que los policías eran unos inútiles en cualquier parte del mundo. – Después de todo no es más que una declaración de amor y el propósito de empezar una vida nueva en Dublín.

-Eso es lo que ha declarado Sarah y yo no tengo porqué dudarle pero en realidad ninguno sabemos cuál es el contenido real de esa carta y, le recuerdo, agente, que a mi intentaron asesinarme por ese inocente papelito.

El policía cruza sus brazos ante mí.

-¿Y qué es lo que sugiere que hagamos, Rachel? La persona que recuperara

esa carta la habrá destruido si en ella había algo importante.

-Sí claro – respondo desalentada dándome cuenta de que tiene razón. – Eso sería lo más normal.

-En Dublín ya habrían ordenado un registro de la casa de Jane – dice Carly consiguiendo un ceño fruncido en el policía. – Pero claro, ya sabemos que esto es un pueblo y que los medios de los que se disponen no son los mismos. Habrá que conformarse a perder algo que podría tener la clave de lo sucedido.

-Señora, nosotros no escatimamos en medios cuando la ocasión lo requiere – le responde el policía claramente ofendido.

-Pero agente – dice Carly suavizando la voz –permítame decirle que la ocasión lo requiere. Una carta de la que solo sabemos que casi le cuesta la vida a la encantadora Rachel, una carta de la que solo sabemos porque nos lo hemos querido creer que era una cita de Sarah para Cedric. Sorprende tanta discreción en la pareja cuando hace un momento estaban juntos en la cafetería sin disimular que son pareja y cuando todo el pueblo lo sabe.

¡Qué lista es esta Carly!

-Además agente – añado yo – a mí Sarah me dijo que en ella citaba a Cedric para hablar de su marcha a Dublín pero yo los estoy viendo muy cómodos en la cafetería de Aveloc. No parece que llevar la cafetería les disguste y eso se contradice de la idea de marcharse a Dublín. Empiezo a creer que Sarah me ha

mentido.

El policía tamborilea sus dedos sobre la mesita en la que nos está recibiendo.

-La carta – dice el policía – si aún existe puede estar en casa de la señora Jane, pero también en casa de Sarah o de Cedric.

-Entonces requise las tres casas, agente – dice Carly con total convencimiento.

El agente inspira el aire con profundidad.

Supongo que estamos poniendo en un aprieto al pobre hombre que no sabe lo que le dirán sus superiores si pide una orden de registro para tres casas en el mismo pueblo.

Se pone las manos en la barbilla.

-Rachel – me dice - ¿es usted consciente del peligro que corre si doy la orden de registro? Pondremos al asesino en alerta. Puede que intente matarla de nuevo si supone que sabe el contenido de la misma.

No había caído en eso pero tiene toda la razón.

Carly interviene:

-No me voy a separar de Rachel en ningún momento. – Carly se gira hacia mí.-

A partir de este momento no te despegarás de mí, Rachel, compartiremos incluso el mismo dormitorio en el hostel.

-De acuerdo – le respondo.

-Muy bien – dice el agente. – Nosotros pondremos una custodia permanente en la puerta del hostel. – Se gira hacia Carly. - ¿Le parece que harían eso en Dublín, señora?

-Es perfecto, sí, eso es lo que se haría en Dublín, proteger a Rachel. ¿Y en que queda lo del registro, agente? – pregunta con dulzura.

-Voy a ordenar el registro ahora mismo. Espero que de verdad encontremos algo porque de lo contrario tendré que dar muchas explicaciones sobre el despliegue de medios.

-Una última cosa, agente – le digo. Él asiente con la cabeza. – Teníamos el propósito de hacer saber a Sarah que hemos descubierto que Jane es su madre. ¿Sería mejor desistir del intento?

-Creo que sí, Rachel, si Sarah sabe algo o está implicada en esto podríamos darle ventaja.

Mientras ceno con Carly en el hostel no dejo de pensar en lo curioso que resulta todo. Un pueblo irlandés donde se supone que reina la tranquilidad es el protagonista de un crimen y un intento de asesinato. Mi mejor amiga es una señora mayor. Mi inglés ha mejorado, eso sí.

Me quedo durmiendo sobre una cama auxiliar que la dueña del hostel nos ha dejado dado los acontecimientos.

Le doy vueltas durante toda la noche y decido que al día siguiente iré a ver a

Sarah. Quiero comprobar por mis propios medios si me ha mentido o no.

Capítulo 18

-¡No!

Eso es todo lo que me dice Carly cuando ambas bajamos a la mesa del desayuno muy temprano.

Nunca me gustó madrugar. Durante toda mi vida alargué las noches todo lo que podía como si irme a la cama a dormir fuera una especie de pequeña muerte de la que me daba miedo no despertar. Eso dijo en una ocasión mi psicóloga; que el problema de fondo de las personas que nos levantábamos tan tarde era el miedo a la muerte. Puede ser. No lo dudo. Pero yo más bien creo que la razón por la que durante años estudiaba por la tarde y aceptaba trabajos solo de tarde era que la noche me brindaba paz. Cuando estás rodeada de silencio todo es más fácil de analizar y de resolver.

Paz mental. Eso es lo que yo creo que buscan las personas que se duermen en la madrugada y se despiertan pasado el medio día. O por lo menos era lo que me ocurría a mí.

Sin embargo empecé a madrugar por una promesa. Yo vivía con mis padres y prometí interiormente que si se me daba la oportunidad de la independencia me comportaría responsablemente aunque eso implicara levantarme temprano

cada día.

Al principio pensé en levantarme a las siete de la madrugada cada día, incluyendo los fines de semana. Después comprendí que hasta la persona más responsable del mundo puede permitirse un par de horas más los sábados y domingos. Así que mis horarios quedaron fijados en las ocho de la mañana de lunes a viernes y a las diez de la mañana los fines de semana. Cuando llevaba tres meses con aquella costumbre ya se había convertido en un hábito.

Una vez leí que bastaban quince días para convertir algo que hicieras en un hábito. Fuera ese hábito fumar, beber, escribir, leer, estudiar, funcionaba indiferentemente para los hábitos buenos y malos. Solo puedo decir que no sentí lo de madrugar como un hábito hasta que llevaba haciéndolo tres meses.

Después de incorporar ese hábito me di cuenta de que por las mañanas el aire huele mucho más limpio, hay una mayor humedad ambiental, los pensamientos son suaves, serenos, no atormentantes como me solía pasar mientras mis noches eran largas y mis mañanas inexistentes.

Ahora, una vez incorporado ese hábito, puedo disfrutar de la compañía de personas como Carly que también adoran madrugar. Porque al final, eso que tanto nos costaba hacer, se convierte en algo agradable que ya no podemos dejar.

Sea como sea el caso es que Carly y yo estamos totalmente despejadas y

dispuestas a disfrutar de un pantagruélico desayuno con tostadas, mantequilla, croasanes, café, leche y té. Una maravilla hecha por las manos de nuestra hostelera que no está para nada extrañada de que a las siete y media de la mañana cuando aún es de noche Carly y yo ya estemos hambrientas.

Lo único que empaña nuestros paladares es ese “no” de Carly.

-La policía te dijo que desistieras, que si Sarah estaba implicada la pondrías sobre aviso, así que, olvídalo, Rachel.

-No la creo una asesina, no fue ella, por lo menos no fue la que me intentó matar a mí. Eso lo tengo claro. Si tiene algo que ver en todo esto quiero darle la oportunidad de que me lo diga, de que lo confiese.

Carly me hace un aspaviento con la mano.

-Dices eso porque estás convencida de que no fue ella pero no se puede dar nada por supuesto. No vayas, Rachel.

No le contesto pero tengo claro que voy a ir.

Carly parece notarlo. Da un mordisco a su tostada y me dice:

-Está bien ¿no va a haber nada que pueda hacerte entrar en razón, verdad?

Muevo mi cabeza en un “no”.

-Entonces te acompañaré, le prometí al agente que no me separaría de ti y no lo voy a hacer.

Capítulo 19

Queda muy poco para que los agentes hagan un registro simultaneo de las tres casas implicadas; la de Jane, la de Sarah y la de Cedric.

Media hora antes de que eso suceda Carly y yo estamos en casa de Sarah. Ella nos abre la puerta con cierta timidez pero con confianza. Es una chica discreta. Poco dada a las habladurías. Es cierto que precisamente ella con su historia de amor incestuosa debe ser la que menos hable, pero si te pones a mirarlo con calma ni hay incesto ni hay nada. Cedric no es su hijo, es hijo del que fuera su marido, y tampoco es nada del otro mundo que se haya liado con él. Lo conoció antes que a Aveloc, se enamoró de él, Aveloc le dio la oportunidad de estabilidad que Cedric no podía darle pero tampoco es para tanto, sí, escandaloso pero nada que vaya más allá de lo que le puede ocurrir a cualquier persona.

Está claro que me simpatiza. Tendemos a darle mayor o menor importancia a lo que hacen mal los demás en directa proporcionalidad a como nos caigan o a qué sentimos por ellos.

El caso más evidente de esto es Jane. Si realmente es la madre de Sarah es normal que haya intentando ayudarla, aunque nunca matando a nadie.

Puede que este sea uno de esos casos en los que se hace imposible decir quién fue el asesino.

-Sarah – le digo mientras la veo servir el té – vengo a decirte algo que te va a sorprender.

-¿Para bien o para mal? – me pregunta consiguiendo que hasta Carly se apiade de ella.

-Para bien por un lado, para mal por otro.

-Entonces es para mal – sentencia Sarah. – Siento no poder ofrecerte café.

-No te preocupes. Sarah – le digo poniendo una voz que intento sea tranquila - ¿recuerdas que me dijiste que no habías conocido a tus padres?

-Sí, solo sé que mi madre tiene la misma marca de nacimiento que yo en la nuca. ¿Has descubierto a alguien que la tenga?

-No exactamente, pero creo que sé quien es tu madre y está más cerca de lo que hubieras imaginado nunca.

Se sienta en el sofá de enfrente. Da un sorbo a su té. En sus manos puedo advertir el temblor que la recorre.

¿Está asustada o son los nervios normales ante lo que voy a revelar?

-Adelante, Rachel, te escucho – me dice.

Saco de mi bolso la foto donde Jane la sostiene y se la entrego.

-¿Quién es esta mujer que me tiene en brazos? – pregunta en un susurro.

-¿Te reconoces en la foto?

Traga saliva.

-Creo que sí, creo que soy yo. ¿Quién es la mujer?

-Es Jane, Sarah, la dulce vecina Jane – le respondo.

Sarah se pone a llorar y la foto cae de sus manos.

-Oh vamos – le dice Carly – no hay para tanto. Danos la carta y todo quedará entre nosotras.

¡¿Qué ha dicho?!

¿Qué acaba de decir Carly?

Estoy a punto de abrir la boca para replicar cuando ella me hace una señal para que guarde silencio.

¡Oh, Dios mío!

¡Esta mujer ya está inventando otra vez!

Sarah enjuga sus lágrimas y mira a Carly con una expresión desconcertada.

-Yo no tengo la carta, Carly – le dice, y tras sus palabras me mira a mí. - ¿Tú crees que yo tengo la carta, Rachel?

Yo me quedo callada. No tengo ni idea de qué se propone Carly.

-Vamos a ver, pequeña – le dice Carly – tú no has hecho nada malo salvo enamorarte de mi hijo y por eso estás en este aprieto. No has matado a nadie, nosotras lo sabemos. – El rostro de Sarah se va relajando. – Si nos das la carta ahora te ahorrarás el penoso trago de que la policía registre tu vivienda en busca de la misma y te advierto que queda media hora escasa para que llamen a tu puerta y empiece el registro.

-Yo... yo no entiendo...¿cómo que la policía va a venir a registrar mi casa?

Carly se levanta del asiento y va hacia la ventana.

-No eres buena actriz, Sarah, tu ya sabías que Jane era tu madre ¿no es verdad?

-No, claro que no – responde ella.

-Naturalmente que sí – le dice. – Nadie va a creerse que una distinguida señora inglesa va a venir a este rústico pueblo irlandés cuyo único entretenimiento es tomar café o té en una cafetería si no tiene un motivo en concreto. Y tú eres ese motivo, Sarah, ¿verdad? Me gustaría saber desde cuando lo sabes porque Jane llegó a este pueblo hace ya tres años.

Sarah se echa las manos a la cara y sus sollozos me conmueven.

¿Tendrá razón Carly?

-Por algún motivo que desconocemos – continúa Carly – tu madre dio con tu

paradero y quiso conocerte. Durante estos tres años ha sabido tu historia con Aveloc y con Cedric, y la ha sabido porque tú se la has contado. ¿De qué otra manera hubiera podido enterarse?

Carly da vueltas alrededor de Sarah como si fuera un depredador esperando a que caiga su presa. Sarah parece realmente asustada.

Yo no doy crédito.

No puede ser, Sarah no pudo intentar matarme porque es mucho más pequeña que la persona que me atacó.

-Rachel – me dice Sarah entre sollozos- yo no intenté matarme, te lo juro, y tampoco maté a Aveloc.

-Te creo, Sarah – le digo.

Carly me mira duramente y me vuelve a hacer una señal para que guarde silencio.

-Nadie ha dicho que hayas sido tú. – Responde Carly. – Lo que estoy diciendo es que tu sabes que Jane es tu madre y la estás protegiendo.

Me levanto y me acerco a Carly. La agarro del brazo y la llevo junto a la ventana.

-¿Qué estás haciendo, Carly? Ella no fue, estoy segura.

-Confía en mí, Rachel, sé lo que estoy haciendo – me responde. – Sarah, esa

carta que había en el bosque, la carta que descubrió Rachel no era para Cedric ¿verdad? Ni siquiera era tuya.

Ahora veo en Sarah una mirada de estupor. La sorpresa se dibuja en sus ojos con tanta claridad que empiezo a prestar mucha atención a las palabras de Carly.

-Esa carta era de Jane ¿verdad? Ella te dejó esa carta ahí porque sabía que tu visitabas el lugar con frecuencia para encontrarte con Cedric, sabía que como mucho en un par de días la encontrarías pero nunca llegaste a encontrarla porque la imprudencia de Rachel la hizo visitar el bosque donde habían matado a Aveloc.

¡Joder, joder, joder!

-Rachel ¿recuerdas que cuando saliste de casa de Jane aquel día que hablamos por primera vez ella te aconsejó que no fueras al bosque? Creo que dijo que te fueras directamente a casa para que no corrieras ningún peligro dado que había un asesino suelto en el pueblo ¿lo recuerdas?

-Sí, perfectamente – le respondo. – Recuerdo cuanto me molesto la forma descarada en que quiso zafarse de mí para quedarse a solas contigo.

-Pues no estaba preocupada por tu seguridad precisamente – me dice Carly -. Lo que ella quería era asegurarse de que no encontrabas esa carta.

Trago saliva.

¡Dios bendito!

-Sarah ¿puedes contarnos el contenido de esa carta? – le pregunta Carly.

Sarah ya no llora.

-Yo no tengo esa carta. – Le contesta.

-Sí la tienes, conoces su contenido porque la misma Jane te la entregó.

¿Quieres explicarnos por qué?

Un timbre interrumpe la conversación.

Sarah y Carly se miran fijamente.

-Rachel, ve a abrir la puerta.

El agente de policía que nos atendió el día anterior entra con pasos decididos.

-Buenos días, agente, ha llegado justo a tiempo. Sarah está a punto de contarnos el contenido de la carta que esconde. Una carta que su madre le dejó en la ranura del árbol porque ella había dejado de hablarle, la había negado y rechazado al enterarse de que fue ella la que mató a Aveloc.

-¿Jane fue la que mató a Aveloc? – pregunto.

-Y la que intento ahogarla a usted, Rachel – me dice el agente. – Lo acaba de confesar y también nos ha dicho que la carta la tiene Sarah.

Sarah solloza en el sillón.

-Yo no quería que ella hiciera nada de lo que hizo. ¡No quería! Soy inocente, agente, yo no soy una asesina, mi único error fue aceptar a Aveloc pero jamás lo hubiera matado aunque fuera un maltratador. – Sus palabras se mezclan con los lastimosos gemidos. – Estaba preparando mi marcha a Dublín con Cedric cuando Aveloc murió. Jane pensaba que me estaba protegiendo, por eso lo hizo. Pero no me consultó nada, en ningún momento lo hizo, se lo juro. Si yo hubiera sabido lo que pretendía no se lo hubiera permitido.

El agente saca un pañuelo de su chaqueta y se lo ofrece a Sarah. Ella lo acepta y se suena la nariz.

-Jane no quería que os fuerais de aquí – dice Carly. – Por eso aquel día cuando se zafó de Rachel en su casa me preguntó si la cafetería sería vuestra una vez que Aveloc había muerto. Quería saber si yo tenía derechos sobre el negocio. Y tu, Sarah, por aquel entonces ya sabías que Jane había sido la asesina.

-Me prometió que no volvería a delinquir jamás. Reconoció que se había equivocado. – Alega Sarah. – Ella había ido al bosque siguiendo a Aveloc, quería hablar con él, quería decirle que no me volviera a golpear. Todo el pueblo sabe que Aveloc pagaba conmigo sus frustraciones y celos. Aveloc se puso violento y ella se defendió como pudo.

-Sarah, entiendo que quieras creer a tu madre, querida, pero si solo hubiera

tenido el propósito de hablar con él no hubiera llevado un cuchillo ¿no crees?

– dice Carly.

-Señorita Sarah, su madre acuchilló a Aveloc por la espalda. Si hubieran estado luchando el cuchillo habría parado en alguna parte de su pecho. – Dice el agente. – Lo siento, Sarah, no es justificable una defensa propia.

-Y también intentó matarme a mí – digo yo casi indignada.

-Es cierto – dice Carly. – Entró en tu casa para recuperar la carta pero para entonces ya no bastaba con recuperarla, ella suponía que la habías leído así que tenía que eliminarte para que nadie pudiera saber la conexión que había entre ellas.

-Supongo que soy una rara por querer degustar junto al fuego lo que yo suponía una carta de amor. – Replico.

Carly sonrío tiernamente al escuchar mis palabras.

-Dejé de hablarle al enterarme de lo que le había hecho a Aveloc. – Dice Sarah. – A pesar de que me prometió que no volvería a agredir a nadie yo desconfiaba de ella. Escribió la carta para contarme sus motivos, para explicarme porqué me abandonó siendo una niña y me contaba que ahora se sentía en la obligación de protegerme contra el mundo.

-Denos la carta, señorita Sarah – le exige el agente.

Sarah abre una cómoda que tiene en el salón y saca un sobre de su interior. El agente echa un vistazo, asiente con la cabeza y dice:

-Muchas gracias por su intervención, señora Carly, su plan ha funcionado.

¿Intervención?

¿Plan?

¿De qué cojones está hablando ahora el agente?

-Carly, me vas a volver loca ¿de qué plan está hablando el policía?

Sarah se gira hacia donde está Carly. Está igual de sorprendida que yo.

-No debe culparla de nada, Rachel, la señora Carly estaba convencida de que usted recibiría una nueva agresión e ideó este plan para hacer confesar a Sarah.

-¿Qué? ¿Jane no está presa? – pregunta Sarah presa del pánico.

-No – responde el agente. – Ni siquiera hemos registrado su casa aún pero ahora ya tenemos un móvil para hacerlo y, sin duda, encontraremos el hábito con el que se cubría el rostro cuando intentó ahogar a Rachel.

Corro hacia Carly y la abrazo.

-Eres la tía más lista que he conocido nunca – le digo abrazada a ella como si fuera una madre.

-No podía dejar que te ocurriera nada, Rachel, y estaba segura de que Jane lo volvería a intentar. Esa mujer está mal de la cabeza.

-Por cierto, Sarah – dice el agente. – Debe darle las gracias también a la señora Carly. De no ser porque la ha conseguido hacer confesar hubiera sido acusada de cómplice.

Sarah enjuga de nuevo sus lágrimas.

-Lo siento, Rachel, pero es mi madre, me ha faltado toda la vida. No podía entregarla. Estaba confiada en que no volvería a atacarte ahora que ya tenía la carta donde me pedía perdón por haber actuado mal.

No soy capaz de decirle nada.

De alguna manera la compadezco. Compadezco a una mujer que ha crecido sin hogar, que se ha refugiado en el lugar equivocado, que ama a quien no debe amar.

El agente recibe una llamada y después de decir varias veces “sí, sí, entendido” nos mira y concluye:

-Jane acaba de ser arrestada por el asesinato de Aveloc y el intento de homicidio de Rachel.

Suspiro de alivio.

Sigo abrazada a Carly.

Sarah se hunde en el sofá.

Capítulo 20.

La investigación se ha cerrado.

Tras días en los que el pueblo bullía de actividad entre las idas y venidas de la policía, las preguntas de los ciudadanos locales y los chismes en la cafetería de Aveloc, todo parece haber vuelto a la calma.

Cedric lleva como puede el negocio. Se le ve afectado. Él no tenía ni idea de que Jane era la madre de Sarah, y ahora era consciente de que esta le había engañado durante los tres años que Jane llevaba en el pueblo. Conocer toda la información hizo que rompiera su relación con Sarah.

Los lugareños solo se atreven a preguntarle como está y poco más. Cedric siempre fue un hombre de pocas palabras. Carly lo mira con tristeza pero asegura que se repondrá y encontrará a otra chica a la que amar.

En cuanto a Sarah, la chica se ha mudado a Dublín, y aquí encajaría perfectamente la famosa frase “de dónde nunca debió salir”. Su madre está en prisión y ella tiene toda la intención de esperarla y poder tener una madre quien sabe cuándo.

Me da pena.

Sé que puede ser difícil de entender pero Sarah me parece una desgraciada víctima de unas circunstancias que ella no buscó. Lo único que hizo mal fue aceptar a Aveloc para estar cerca de Cedric, y eso no se puede considerar un delito.

Realmente Carly se portó bien con ella al hacerla confesar. Hubiera podido entrar en prisión si hubiera seguido callando la verdad.

Paseo por los verdes prados del pueblo, por los bosques cubiertos de hojas, por debajo de las grandes copas de los árboles y, por primera vez, disfruto con tranquilidad de estar en Irlanda.

-¿No te queda mucho para marcharte, verdad, pequeña? – me pregunta Carly que camina a mi lado embelesada como yo por los hermosos paisajes.

-No, apenas haré la maleta dentro de unos días- le respondo.

-¿Y en que has pensado? ¿Volverás a España?

Asiento con la cabeza.

-Solo el tiempo suficiente para recargar pilas y marcharme a Francia..

-¡Vaya! Muy buena elección. ¿Conoces París?

-¿Tú sí? – le pregunto.

-Sí, la ciudad de la luz, hermosa y brillante, como tú, Rachel, esa es tu ciudad.

Mi carcajada se une a la suya.

-Se me ocurre algo, Carly, ¿querrías venir conmigo? Yo no conozco el idioma y necesito una guía turística.

-¿Hablas en serio? No tienes porque hacerlo.

-Carly, me salvaste la vida, créeme que no hay nada que me apetezca más que estar con mi ángel de la guarda.

Volvemos a reírnos y los pardos verdes ríen con nosotras al compás de la brisa irlandesa.

-Solo tengo una pregunta más que hacerte ahora que la investigación se ha cerrado.

Veo como su cabeza se mueve de arriba abajo dando el consentimiento para mi pregunta.

-¿Por qué Jane me llevó al bosque y me colocó en el árbol donde estaba escondido el cadáver de Aveloc... ella quería que lo descubriera?

-Así es, Rachel – me responde. – Jane quería que se hiciera oficial su muerte para que su hija lo supiera. No podía decirle que la había liberado de estar con Aveloc porque lo había matado, así que era conveniente que alguien descubriera el cuerpo sin vida de Aveloc.

-Pobre hombre – digo olvidando que realmente era un celoso enfermizo capaz de golpear a una mujer.

-Pobre Sarah, diría yo – me responde Carly – ni ha sido posible su amor con Cedric ni tiene una madre de verdad. Hay destinos muy tristes.

-¿Crees que Cedric volverá alguna vez con ella? – me atrevo a preguntar.

-Espero que sí. Mi hijo la quiere y ella lo quiere a él. Deben sanar sus heridas pero por el bien de ambos así lo espero.

Un trueno quiebra el cielo.

¡Vaya por dios! Va a llover otra vez.

Que curiosa es la naturaleza que parece que siempre nos cuenta algún secreto.

No ha habido ni un solo día desde que llegué que no haya llovido en algún momento. Sin embargo, el día de la muerte de Aveloc fue un día caluroso y seco.

Tal vez era la forma en que la naturaleza nos decía, a mí, al pueblo entero, que algo estaba cambiando, que algo iba a suceder.

Espero tener los ojos bien abiertos allá donde vaya y escuchar lo que la lluvia me quiere decir en sus susurros.

Adiós, Irlanda.

FIN.